

LA GACETA

R E V I S T A



CARLOS MONTEMAYOR

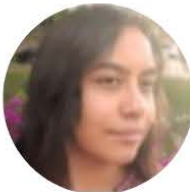
JORNADAS DE LECTURA junio 2024

SEMBLANZAS



Gael García Almanza

Nació en Chihuahua, Chih., actualmente cursando la preparatoria. Desde pequeño, ha mostrado una gran pasión por el arte y la música. Habla inglés fluidamente y muestra un gran interés por las culturas orientales y asiáticas, así como también las civilizaciones prehispánicas, siempre busca expandir su conocimiento cultural y tener nuevas experiencias.



Yaretzi Lugo

Enació en Chihuahua, Chih. Es alumna de cuarto de semestre de la preparatoria Tecmilenio. Asimismo, es integrante del equipo de robótica Devolt Phobos, representando a México en competencias internacionales, además de dar clases a niños y niñas sobre la ciencia y la tecnología. En la actualidad práctica el canto y escribe poesía, mientras trabaja en la edición de una revista escolar de literatura.



Agustín Terrazas

Nació en Chihuahua, Chih. Es estudiante de preparatoria y estudia en el TecMilenio. Le apasiona la música y la literatura. Toca piano, bajo y batería. Es capitán de sociedad, vocero de su salón y ha pertenecido a varios ensambles musicales. Es parte de un colectivo literario que actualmente está desarrollando una antología de poemas.



Jesús Vargas Valdés

Historiógrafo independiente originario de Hidalgo del Parral. Autor de varios libros de Historia y Cultura Regional, Biografías y ensayos dedicados a Movimientos Sociales. Autor de la página dominical en El Heraldo de Chihuahua "La Fragua de los Tiempos" que tuvo continuidad 30 años



Carlos Franco Castillo

Egresado de la Maestría en Investigación Humanística por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Cuenta con dos licenciaturas por la misma universidad, en Periodismo y Letras Españolas. Actualmente trabaja como jefe de oficina de comunicación en el Archivo General del Estado de Chihuahua. Fue Jefe del Archivo Histórico Municipal de Hidalgo del Parral durante más de un año del 2022 al 2023. Como docente ha impartido clases en la Normal Superior José E. Medrano Unidad Parral en la Licenciatura en Enseñanza y Aprendizaje del Español en Educación Secundaria, la Universidad Pedagógica Nacional de Chihuahua Unidad Parral y el Instituto de Investigaciones Sociales de Chihuahua. Como periodista se ha desempeñado como editor y colaborador en el medio digital Ecos de la Noticia y reportero en el Sol de Parral.



Victoria Montemayor Galicia

Maestra en Humanidades por la Universidad Autónoma de Chihuahua, egresada de la carrera de Lengua y Literatura Modernas Letras Italianas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Recientemente participó en la Biennial Conference que organiza la Society for Renaissance and Baroque Hispanic Poetry en la Universidad de Illinois, Chicago. Colaboradora en las revistas "Círculo de poesía", "Voces de papel", y "Estilo Mápula". Autora del libro "Petrarca y la poesía del Renacimiento", publicado por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Catedrática de literatura española e italiana en la Facultad de Filosofía y Letras de la UACH y Castalia, La Academia. Actualmente cursa el Doctorado en Educación, Artes y Humanidades.



Ramón Gerónimo Olvera

Ensayista, poeta, narrador, editor. Autor de 10 libros de autoría individual, en editoriales de México, Argentina, Colombia. Además de ensayos en 11 libros colectivos. Ha colaborado en revistas de circulación nacional e internacional, de creación e investigación literaria. Realizó una pasantía de investigación en la Pontificia Universidad Javeriana en Colombia. Doctor en pensamiento complejo. Maestro en literatura (Universidad de Barcelona) licenciado en filosofía (UACH). Ha presentado ponencias y conferencias en diversos foros. Premio Nacional de periodismo cultural y Premio Chihuahua. Maestro de tiempo completo en Facultad de Filosofía y Letras desde 2013. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Candidato).



Rigoberto Martínez Escárcega

es un académico y autor mexicano especializado en educación y pensamiento crítico. Es licenciado en educación primaria (1997), maestro en educación (2001) y doctor en educación (2005). Ha sido docente en diversos niveles y es investigador en la Universidad Pedagógica Nacional desde 2004. Fundó el Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico en 2012 y ha recibido el Premio Bellas Artes de crónica literaria Carlos Montemayor 2023. Entre sus publicaciones destacan "Educación, poder y resistencia" y "Pedagogía rupturista".



Cristina María Carreón Ortiz

comunicóloga especializada en Publicidad egresada de la Universidad Interamericana del Norte. Gestora Cultural, ganadora de proyectos de fomento a la lectura en PACMYC, ICM Y Alas y Raíces, experiencia como Tallerista, con participación en programas culturales y proyectos de la Secretaría de Cultura, incluyendo la mediación de círculos de lectura online, Programa interseccional LEER MAS, Feria del Libro de Chihuahua y la gestión en la Biblioteca Infantil y del colegio Elizabeth Seton. Actualmente, se encuentra cursando un posgrado en Antropología Social en la EAHNM.



Nithia Castorena-Sáenz

Profesora e investigadora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Desde 2023 es integrante del Sistema Nacional de Investigación, nivel Candidata. Coordinadora de la Cátedra UNESCO Ciudadanía activa por la paz en el norte de México. Premio Nacional a la mejor tesis de Doctorado, por la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (2023). Segundo lugar, del concurso Internacional de tesis de Doctorado convocado por ALEO (2023). Premio Chihuahua en el área de investigación en humanidades en 2017, por su trabajo "Estaban ahí. Las mujeres en los grupos armados de Chihuahua (1965-1972)", el cual fue publicado por la UACJ y la Secretaría de Cultura en 2019.



Margarita Muñoz-Villalobos

Poeta y promotora cultural independiente. Estudio Contaduría y Administración en la Universidad Autónoma de Chihuahua, en donde también cursó el postgrado Literatura y ensayo hispanoamericano del Siglo XX. Ha publicado diversos artículos culturales en los periódicos locales y publicaciones nacionales. Parte de su obra ha sido incluida en más de 15 antologías poéticas. Ha publicado cinco plaquettes y participado en numerosos encuentros y festivales de poesía en todo el país, además de algunos de carácter internacional. Ha sido participe en la organización del Primer Encuentro Estatal de Mujeres Poetas (1996) de los Encuentros Internacionales de Mujeres Poetas en el País de las Nubes en Oaxaca (2014-2018) en el Encuentro Internacional de Mujeres Poetas en Tiempos de Contingencia (2020) y el Encuentro de Literatura Joven (2021). Participo en Abril para la Palabra en Albuquerque. UNM 2023. Pertenecer a la empresa cultural Intelecta.



Demian Ernesto

Ciudad de México. Estudia el doctorado en Sociología en la UNAM. También es editor en el PUEJJS-UNAM y profesor universitario en la Universidad Rosario Castellanos en CDMX. Su primer libro, "La lección de Steiner", ha sido publicado por la UNAM. Ganador del 4° Concurso de Ensayo Literario del Festival Cultural de Diversidad Sexual y Género 2018, del Concurso Ediciones Digitales Punto de Partida 2019 (categoría Ensayo), del Premio Difusión de la Lectura Alonso Quijano UNAM 2019 y del Premio de Crónica Carlos Monsiváis 2022. Ha sido jurado seleccionador en el Premio Loewe de Poesía en 2019 y 2020. Ha presentado ponencias sobre literatura y sociología en universidades de México, España y Perú.



Flor García Rufino

originaria de Chihuahua, México, estudió la licenciatura en Ciencias de la Información de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Ha escrito primordialmente ensayos y cuentos, siendo coautora de la biografía Nellie Campobello. Mujer de manos rojas.



José Antonio García Pérez

Académico y autor mexicano especializado en literatura española. Es licenciado en Letras Españolas, maestro en Educación Superior y doctor en Educación por la Universidad Autónoma de Chihuahua. También cursó la maestría en Filosofía de la Cultura en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Tiene numerosas publicaciones entre 2004 y 2022, incluyendo el poemario "Haikú: Bonsai de Poesía", los cuentos "Textiario" y colaboraciones en "Los colores del recuerdo" y "Zombis Letrantes". Ha escrito varios artículos sobre periodismo y literatura, movimientos sociales y narrativa en videojuegos.

Con 36 años de experiencia docente, ha impartido materias como Filosofía del Arte, Taller de Periodismo, Didáctica de la Literatura y Gestión Cultural.

ÍNDICE

Nota editorial	6	Tercera parte: Las mujeres en la obra de Montemayor	
Victoria Montemayor Galicia			
Primera parte: Retazos biográficos: La vida de Carlos Montemayor a través del canto y la pluma		“Nosotras también somos parte de esta historia”	33
		Cristina Carreón	
Carlos Montemayor, la vida detrás de las letras	10	Carlos Montemayor: Una rara generosidad	35
Gael García Almanza, Yaretzi Lugo y Agustín Terrazas		Nithia Castorena-Sáenz	
Mi papá y mi padrino: Una amistad en la música	15	Cuarta parte: Un acercamiento a la poesía de Montemayor	
Carlos Franco Castillo		Carlos Montemayor, el poeta	39
Montemayor y los escritores chihuahuenses en la ciudad de México	20	Margarita Muñoz Villalobos	
Jesús Vargas Valdés		Carlos Montemayor, la poesía y el testimonio	42
Segunda parte: Abordajes a la obra literaria de Carlos Montemayor		Demian Ernesto	
Carlos Montemayor en sus facetas literarias	25	El poeta generoso	45
Victoria Montemayor Galicia		Flor García Rufino	
Carlos Montemayor: Aproximaciones a las llaves de Urgell	27	El zombi del alba	49
Ramón Gerónimo Olvera		Dr. José Antonio García Pérez	
Carlos el guerrillero	29		
Rigoberto Martínez Escárcega			

Nota editorial

Aproximaciones a Carlos Montemayor

Victoria Montemayor Galicia

Carlos Montemayor fue escritor, investigador, luchador social, analista político, propulsor de las lenguas indígenas, tenor, traductor y poeta. Nació en Parral, Chihuahua el 13 de junio de 1947 y murió en la Ciudad de México el 28 de febrero de 2010 en una noche de luna llena. En su obra encontramos cuento, novela, poesía, ensayos sobre traducción, investigación, la historia de nuestro país, así como de la cultura grecolatina o literatura en lengua indígena.

Entre sus premios se encuentran el Xavier Villaurrutia por “Las Llaves de Urgell”, Premio Narrativa Colima por “Guerra en el Paraíso”, Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares por “Abril y otras estaciones”, el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo por “Operativo en el Trópico o el Árbol de la vida de Stephen Mariner”, Premio Especial Giuseppe Acerbi por “La Danza del Serpente”, título de la traducción italiana de la novela “Los Informes Secretos”, por su trayectoria literaria el Premio Fundación México Unido a la Excelencia de lo Nuestro (2007) y Premio Gawí Tónara (2009), el último, el Premio Nacional de Ciencias y Artes (2009), en el área de Literatura, así como el Doctor Honoris Causa otorgado por la Universidad Autónoma Metropolitana en 1995 y por la Universidad Autónoma de Chihuahua en 2009.

Su obra nos traslada a diversos mundos. De sus cuentos “Las llaves de Urgell” y “Cuentos Gnósticos” brotan polvos de estrellas, magia y encantamientos. Seres que se encuentran regidos por fuerzas superiores, seres divinos, humanos y demoníacos que cantan y sufren por su destino, el amor, los recuerdos, la pesadez y soledad humana. En “El alba y otros cuentos” nos encontramos en el mundo real, el de la vida cotidiana, de las luchas y sentimientos humanos. “Operativo en el Trópico” nos traslada a la selva, al sonido de la lluvia, al olor a tierra mojada, a una lucha por la sobrevivencia; es un canto al hombre y a la guerrilla. Su obra poética es polifacética; encontramos poemas de lucha social como: “Las armas del viento” y “Elegía de Tlatelolco”; poemas que cantan al amor y “Al cuerpo que la tierra ha sido”, “Poemas de Abril” y “Apuntes del Exilio”; poemas que evocan sus memorias en Parral, como “Memoria” y “Los poemas de Tsin Pau”. Poemas que nos trasladan a diversos lugares y momentos que rememoran la alegría de vivir, los recuerdos de nuestros padres, nuestros amigos, la vida que pasa y se va. Poemas que evocan temas clásicos como “Las armas y el polvo”, poemas hebraicos que tienen su origen en el alfabeto judaico, que nos trasladan a la Cábala, al simbolismo profundo al



que sólo pueden penetrar los rabinos y que Montemayor describe simplemente como “Poemas”, en donde recorreremos las letras hebraicas del Aleph a la Tau; origen y fin. Versos que cantan a los “Elementos”, a “Finisterra”; el desierto y la metáfora del amor, de la amistad y los recuerdos en “Apuntes” o simplemente Poemas.

Su obra es la voz que nos insta a vivir y a seguir luchando por lo queremos, el canto al ser, al hombre, a la libertad, al destino, a su memoria, a su país, a su ciudad. Sus palabras son luz que reflejan la luminosidad del ser, del espíritu, la certeza de que somos únicos: seres luminosos hechos de materia, de polvo. Montemayor siempre buscó a través de su escritura la reflexión, el pensar y analizar nuestro entorno social, nuestra historia; es precisamente la reflexión y el acercamiento a la obra de Montemayor el objetivo que persigue esta Gaceta al conjuntar un mosaico de voces en donde a través de diferentes perspectivas y facetas, el lector pueda acercarse a esos mundos tan diversos por los que caminó este gran artista chihuahuense.

En la primera parte titulada “Retazos biográficos: La vida de Carlos Montemayor a través del canto y la pluma”, participan jóvenes como Gael García, Yaretzi Lugo y

Agustín Terrazas cuyas voces y entusiasmo nos llevan a encontrarnos con una faceta del escritor poco conocida como es la música, la infancia, adolescencia y la etapa de los “Golden Boys”, de la mano del gran historiador y amigo entrañable, Jesús Vargas, quien a la vez escribe sobre Montemayor y los chihuahuenses en CDMX. Otro acercamiento a Montemayor es de la pluma del joven escritor Carlos Franco quien en una entrevista con su padre, gran amigo y hermano de mi padre, Antonio Franco, amante de la música, introduce al lector en ese mundo operístico por el que atravesó el tenor Carlos Montemayor, quien estudió con el gran barítono de Camargo, Roberto Bañuelas a quien mi padre admiraba y con quien dió algunos conciertos, uno en la Fundación Sebastián en la CDMX. El maestro Bañuelas entre 2002 y 2004 (el año exacto se me escapa), realizó con gran afecto y admiración hacia mi padre, una composición basada en su maravilloso poema erótico “Finisterra” y cuyo estreno fue en la sala Carlos Chávez del Centro Cultural Universitario de la UNAM, al cual tuve la oportunidad de asistir y quedar asombrada de la voz y composición que el maestro había hecho para el poeta y tenor. Otro dato a propósito de las composiciones basadas en las obras de Montemayor, son las realizadas por la maestra Galia Mirscha, concertista de la

Orquesta Filarmónica del Estado de Chihuahua y su “Concierto del alba para percusiones y orquesta”, interpretada en el mes de noviembre de 2015, basada en la novela “Las mujeres del alba”, y la del maestro Raúl Chávez basada también en “Finisterra” e interpretada por la OSUACH en el homenaje luctuoso en febrero de 2020. Ambas composiciones son magistrales y el lector las puede escuchar en youtube. En la segunda parte titulada “Abordajes a la obra literaria de Carlos Montemayor”, participan los escritores Ramón Olvera y Rigoberto Martínez. Olvera aproxima al lector “a la relación de Montemayor con el lenguaje” en su obra poética y narrativa. Martínez resalta la “faceta de narrador e investigador acucioso de la guerrilla contemporánea en México”.

La tercera parte titulada “Las mujeres en la obra de Montemayor”, brinda al lector una mirada desde la perspectiva femenina a través de las voces de dos escritoras: Cristina Carreón y Nithia Castorena. Carreón envuelve al lector en la historia y en la realidad de México “en cuanto a la participación de las mujeres en los movimientos sociales”. Castorena resalta esa “rara generosidad” y “esa condición múltiple, contingente, de Montemayor: se llama fascinación”.

En la cuarta parte, “Un acercamiento a la poesía de Montemayor”, participan los poetas Margarita Muñoz, Demian Ernesto y Flor García Rufino. Muñoz lleva de la mano al lector a un acercamiento no sólo a su poema “Arte poética I”, sino al personaje “cuyas dimensiones literarias, estéticas y culturales trascienden nuestro país”. Demian con esa vena poética y académica, habla de “un escritor que se dedicó a conjuntar voces para contar mediante diversas historias la suya propia”. García acerca al lector a la faceta poética, de traducción y ensayo del escritor en diversas lenguas, es una especie de viaje poético que va de la lengua española a la portuguesa, de la inglesa a las lenguas originarias, para concluir con la maravillosa Safo.



Para cerrar, el escritor Antonio García nos presenta un relato fantástico que forma parte de su proyecto “Zombies letrantes”, inspirado en Montemayor donde se “parte de la premisa de considerar que si un escritor o escritora ya falleció, al leer su obra revive”.

Esperamos que a través de las diversas miradas y facetas de los escritores presentes en esta Gaceta realizada con admiración y amor hacia la obra y el personaje de Carlos Montemayor, las lectoras y lectores puedan encontrar ese espíritu del intelectual y artista parralense que nos insta a buscar, a luchar por un mundo mejor, de justicia donde reine la libertad. Sus palabras son puertas que se abren, que cantan al hombre, al ser, a la vida y que permanecen en nuestra memoria.

PRIMERA PARTE: RETAZOS BIOGRÁFICOS: LA VIDA DE CARLOS MONTEMAYOR A TRAVÉS DEL CANTO Y LA PLUMA

Carlos Montemayor, la vida detrás de las letras: Gael García
Almanza, Yaretzi Lugo y Agustín Terrazas

Mi papá y mi padrino: Una amistad en la música: Carlos
Franco Castillo

***Montemayor y los escritores chihuahuenses en la ciudad de
México:*** Jesús Vargas Valdés

CARLOS MONTEMAYOR, LA VIDA DETRÁS DE LAS LETRAS

Gael García Almanza, Yaretzi Lugo y Agustín Terrazas



La cuna del autor

Jesús Vargas nos había recibido en su biblioteca. Eran las cinco de la tarde y el calor daba un color amarillento a las casas y edificios del centro de la ciudad, ¿cómo imaginar siquiera ese pequeño gran mundo de libros e historias detrás de una fachada cerrada? Ahí estábamos los tres. “Pasen y échenles un ojo a los libros primero” nos dijo el historiador como si quisiera despertar antes nuestro interés. Subimos a la terraza, bañada en sol, como un faro desde donde podíamos ver la ciudad. Cuando estuvimos listos para realizar la entrevista nos encontramos con nuestro interlocutor en la planta baja. Era momento de conocer a Carlos Montemayor a través de la memoria de Jesús Vargas, la vida de un escritor detrás de las letras.

Carlos Montemayor nació en Parral en 1947, después de dos terribles inundaciones. “Provocaron un pesimismo en la población, así que durante varios años no se hicieron nuevas construcciones. Parral se quedó semidestruido (...) En los años en que nace Carlos, se forma en la población nuevas casas habitaciones, llamadas Villa Blanquita, el primer intento de revivir la ciudad tras las inundaciones. Fue un lugar muy especial para Carlos, porque allí pasó su infancia y parte de su adolescencia”, contó el historiador Jesús Vargas. De manera que, el contexto de los primeros años del autor estuvo entre los estragos de la crecida del agua y la ilusión de un pueblo por reconstruirse tras la desgracia.

La vida al otro lado del río

“El río de Parral cruza la ciudad como una culebra.” describió Jesús Vargas con un aire nostálgico. “Actualmente hay como catorce o

dieciséis puentes en la ciudad. En el tiempo de Carlos había como seis o siete puentes donde el río surca a la altura de Villa Blanquita y el barrio del Topo Chico”; este punto en la charla nos pareció muy interesante, ya que conocimos el primer hogar del escritor y su relación con los otros parralenses de su tiempo. “Villa blanquita, podemos decir, que era vista por los niños del otro lado como la zona de los ricos, aunque no era cierto, pero así lo veíamos quienes estábamos del otro lado del río. Los niños del otro lado éramos miembros de familias de mineros. Era un barrio muy especial, el barrio Topo Chico porque había mucha presencia de la cultura de los mineros.”

El agua en sus diferentes manifestaciones pareció tener un impacto significativo en la vida de ambos escritores. Si bien, en primer lugar de manera catastrófica con las inundaciones, en un segundo momento “el acontecimiento más importante era la crecida del río”. Un brillo en los ojos de Jesús Vargas destelló, mientras revivía a través de sus palabras el entorno en el que crecieron juntos, Carlos Montemayor y él.

El historiador continuó pincelando el recuerdo: “El río crecía precisamente en tiempos de vacaciones, a finales de junio, julio y agosto, y el río llevaba agua por dos meses. Para los niños del barrio minero era nuestra diversión todo ese tiempo, nos la pasábamos en ese cauce desde los seis años que ahí andábamos”.

No obstante, el río, una diversión pública de la naturaleza, no era el espacio de recreación de todos los niños en Parral. Jesús Vargas señala que: “Del otro lado de Villa Blanquita los niños no bajaban. Aunque no eran ricos, las familias cuidaban mucho a los niños y no dejaban que se juntaran con los niños del barrio minero”. Carlos Montemayor no fue la excepción a la norma de su barrio como afirma Jesús Vargas al decir que “Carlos crece muy protegido”.

Nosotros comenzamos a imaginar a un niño en su casa, que mira desde una ventana a los otros niños divertirse. Nos pareció triste, pues, según Jesús Vargas: “Carlos en su niñez no tuvo oportunidad de hacer lo que él veía que hacían los niños”.

A pesar de lo anterior, Montemayor sí guardó la experiencia de jugar en el río ya que: “en las tardes cuando ya se había ido toda la *chavalada*, el papá sacaba a Carlos a meterse al agua, pero desde ahí abajo lo vigilaba. Era comprensible, el papá no tenía la confianza de que Carlos fuera a adaptarse a la situación de un montón de niños sin orden o sin ninguna disciplina”; escuchamos con mucha atención el relato y cuando transcribíamos esta entrevista nos surgió la duda: ¿si las idas al río de Carlos Montemayor, al cuidado de su padre habían sido relatadas por el escritor a su amigo Jesús Vargas, o si, al igual que Carlos mirando por la ventana a los niños del barrio minero, las miradas infantiles del Topo Chico observaban desde sus casas al niño de Villa Blanquita?

The Golden Boys

La música fue algo importante en la vida de Carlos Montemayor. “Cuando Carlos estaba entre sexto y primero de secundaria, el papá le pidió a Santitos Reyes que le fuera a dar clases. El guitarrista le iba a dar clases al papá, pero el papá no daba pie con bola, y Carlos agarraba la guitarra y se ponía a sacar las notas que le había puesto el guitarrista. El papá se dio cuenta que no era para él ser guitarrista, entonces ya cuando Carlos cursaba primero de secundaria, le pidió a Santitos Reyes que le diera clases mejor a su hijo”.

Jesús Vargas recuerda cuando estaba en casa de Carlos Montemayor y cómo su amigo tocaba la

guitarra: “Carlos tocaba música española, a mí me gustaba mucho escucharlo.”

No obstante, no todos sus aprendizajes musicales se dieron de manera tradicional. Jesús Vargas recordó como: “Otra vez me tocó acompañarlo a una cantina que se llamaba Nueva York, ya que cuando no podía el guitarrista ir a darle la clase, lo citaba ahí”. La disciplina fue fortaleciendo el talento en la guitarra de Carlos Montemayor.

Esta relación se consolidó en su adolescencia en un bonito proyecto entre amigos. “El caso es que Carlos un día propone a los que eran músicos hacer un conjunto... y nacen los Golden Boys. Carlos era el guitarrista; Alfonso, el vocalista; Alfredo Gutiérrez, el del piano; y los demás, los coros”.

Esa parte de la adolescencia de Carlos Montemayor nos fascinó. Queríamos saber más sobre esa etapa, como por ejemplo cuáles canciones tocaba The Golden Boys, a lo que Jesús Vargas, después de recorrer en su memoria como si sus recuerdos se trataran de un álbum musical nos contestó: “eran canciones de Enrique Guzmán, César Costa, *Tu cabeza en mi hombro*, música romántica”.

La Primera Rosa

Carlos Montemayor se iba materializando, dejaba de ser un fantasma extraño oculto en sus textos. Había sido primero un niño solitario y estudioso, y más tarde un adolescente que se empeñaba en tocar su guitarra como muchos de nosotros. Jesús Vargas prosiguió con el relato...: “Cuando Carlos estaba en tercer año de secundaria, organizó una planilla que se formaba por grupo. Yo estaba en el B, y Carlos en el C... Entonces pierde mi planilla, mientras que la de Carlos había ganado. Él quedó como presidente de la sociedad de alumnos. Ya en ese cargo, se relaciona con una muchacha y se

hacen novios, entonces ahí Carlos se desaparece”. Nos llenamos de emoción, Jesús Vargas estaba por relatarnos el primer amor de Carlos Montemayor. Y su nombre era Rosa Cortés.

“Rosa Cortés era su novia, la encaminaba todos los días hacia su casa. Él había sido el primero de la generación que tuvo novia formal”. Esta circunstancia, de alguna manera que nos pareció muy divertida, terminó por beneficiar a Jesús Vargas.

“Como presidente de la Asociación de alumnos, Carlos tenía la responsabilidad ya en los últimos meses del año de organizar lo que era la reina del estudiante de la secundaria. Era la tarea primordial de la sociedad, no tenían otra función importante más que organizar a las candidatas por grupos, hacer los bailes, las tardeadas y luego el baile de coronación. La reina que quedara le tocaba bailar con el presidente de la sociedad de alumnos, pero como Carlos andaba con Rosa, le valió. Entonces yo sí me metí a fondo y como la maestra que organizaba esto tenía sus intereses porque les dejaba ganancias, entonces al verme tan efusivo me dio cancha libre”; una sonrisa pícaro se dibujó en el rostro de Jesús Vargas, pues, él había bailado con la reina de secundaria seleccionada.

Entonces, nosotros nos preguntamos quién había sido Rosa Cortés en aquella época, cómo era, qué había distraído a Carlos Montemayor de sus responsabilidades en la sociedad de alumnos. “Rosa era una chavala diferente, tocaba el piano, era más madura que el resto de las muchachas”, reveló Jesús Vargas.

Si bien esa relación había comenzado como un amor adolescente. La amistad continuó durante muchos años.



Jesús Vargas se puso de pie y comenzó a buscar entre sus libros uno en particular. Nos explicaba mientras hojeaba los libros que, tras la muerte de Carlos Montemayor, Rosa Cortés le había escrito un poema. Nuestras miradas no paraban de seguir el movimiento de las páginas de los libros, en espera del poema. Cuando por fin lo encontró, Jesús Vargas se dispuso a leerlo en voz alta, pero en los primeros versos, la tristeza cerró su garganta, y quebró momentáneamente su voz clara y segura. Entonces decidimos que Yaretzi nos leyera. El poema se titula “Sin tiempo y sin medida”. A continuación, compartimos un fragmento del texto:

“Ahora transitas radiante y feliz por las infinitas terrazas estelares al haber cumplido tú mismo. Haber dejado tu bella obra para que nuestro mundo sea más justo, equitativo y feliz. Ve con absoluta certeza de haber sido el mejor, el más grande, el que deja una huella implorable, imperecedera que llevará grabada con fuego en

mi mente y en mi corazón. Estamos sin tiempo y sin medida”.

El último trago

Después, Jesús Vargas nos empezó a hablar sobre sus últimos encuentros con Carlos: “Durante los últimos 5 años de la vida de Carlos, nos encontramos muchas veces, centrándonos casi siempre en nuestras experiencias en Parral durante la adolescencia. Nuestra amistad de más de 12 años se desarrolló plenamente en ese periodo”. También nos contó sobre la última vez que Carlos estuvo en Parral. “Recuerdo claramente su última visita en febrero de 2009. Carlos llegó desde Parral temprano en la mañana, pero prefirió quedarse en el aeropuerto. Pasamos horas recordando nuestra juventud, compartiendo anécdotas sobre el río, los bailes y la música de nuestra época. También hablamos de mis escritos sobre la adolescencia, que él apreció mucho”.

“Una idea surgió durante esa conversación: organizar un evento en Parral para compartir nuestras experiencias con otros. Incluso planeamos invitar a Alfonso Sainz, un amigo de Juárez, para cantar algunas de nuestras canciones favoritas. Sin embargo, nuestras esperanzas se vieron truncadas cuando Alfonso enfermó gravemente y falleció en diciembre. Además, poco después, a Carlos le diagnosticaron cáncer. La última vez que lo vi fue en noviembre, cuando recibió su doctorado. Desde entonces, nunca más lo volví a ver con vida. Esta idea se nos hizo muy buena, ya que pudo haber sido un dulce reencuentro entre amigos”.

“Prometí a Carlos una botella especial de whisky para la próxima vez que nos viéramos. Le encargué una botella a mi hijo envuelta en terciopelo rojo, pero lamentablemente, ese momento nunca llegó. La botella sigue guardada, esperando el momento perfecto que medite que sea consumida”. Todo esto nos indicó que su reencuentro en verdad era importante para Jesús y que hubiera sido un momento muy emotivo y especial.

La figura de Carlos Montemayor fue reconstruida a través de las palabras de Jesús Vargas, pasó de ser un enigma en sus textos a mostrarse como una persona real y cercana. Desde su infancia protegida y sus primeras aventuras musicales con los Golden Boys, hasta su primer amor y los momentos compartidos con su comunidad, Montemayor emergió como una figura compleja, marcada por sus experiencias en Parral.

La narrativa de Jesús Vargas nos ofreció una visión íntima y personal del hombre detrás de las letras. La conexión entre Carlos Montemayor y Jesús Vargas es un testimonio de cómo las amistades y las experiencias compartidas pueden moldear a una persona, enriqueciendo su visión del mundo y su obra. En sus últimos años, Carlos encontró consuelo y alegría en estos recuerdos, uniendo las piezas de su vida en un mosaico de relaciones y vivencias que definieron su legado.

Carlos Montemayor no solo fue un brillante escritor y poeta, sino también un hombre que valoraba profundamente las conexiones humanas. Su vida y obra son reflejo de una mente abierta y un corazón generoso, siempre dispuesto a aprender y a compartir. La influencia de amigos como Jesús Vargas perdura en su legado, recordándonos la importancia de las relaciones en nuestro desarrollo personal y profesional.

Al despedirnos de Jesús Vargas, agradecemos profundamente la generosidad con la que compartió sus recuerdos. Salimos de la biblioteca con la sensación de haber conocido no solo al escritor, sino también al amigo, al hijo, y al joven soñador que un día miró al río desde la seguridad de su hogar, ansioso por sumergirse en las aguas de la vida.

Carlos Montemayor, a través de los recuerdos y las palabras de quienes lo conocieron, se reveló como un hombre cuya vida y obra siguen inspirando a muchos. Su legado, hecho de letras y vivencias, permanece vivo, sin tiempo y sin medida, en la memoria de todos aquellos que lo apreciaron y lo siguen leyendo.



MI PAPÁ Y MI PADRINO: UNA AMISTAD EN LA MÚSICA

Carlos Franco Castillo

Carlos Montemayor, mi padrino y cercano amigo a mi padre, Antonio Franco, había retornado a Parral una vez más. Era la última tarde en que pisaría ese suelo donde su infancia había transcurrido entre el río, los nogales y la mina. En aquella ocasión, mi padrino y mi papá habían estado en el estudio de la casa, ahí escucharon juntos por última vez algunas arias interpretadas por Jussi Björling, uno de sus tenores favoritos. Mi padrino se fue (sólo regresaron sus cenizas resguardadas ya en el Templo de San Juan de Dios), sin embargo, aún siguen los mismos álbumes acomodados (seiscientos discos compactos y mil ochocientos LP), el mismo canto de hombres que fueron más voz que cuerpo, quienes ahora son polvo y sonido, una memoria acústica que rebota en las paredes de mi hogar.

En uno de los estantes de aquel estudio, mi padre había tomado cuatro discos: tres vinilos y un CD, estos estaban sobre su tocadiscos, luego pasaron a su cama, a la suave luz de sus lámparas. El primero era la Novena Sinfonía de Bethoveen dirigida por Wilhelm Furtwängler y los otros tres eran grabaciones del tenor lírico Jussi Björling. Ya han pasado más de 14 años desde que los ojos y oídos de mi padrino estuvieron aquí mirando y escuchando aquel universo sonoro tan inmenso como los mares o los montes.

Mi padre se sienta en su habitación (que también es su estudio) cerca de la cama y me dice primero: “A mi compadre no le gustaba la ópera, no conocía, no sabía. Entonces, él empezó a incursionar primero en la música instrumental clásica, principalmente con Beethoven”.

La entrevista comienza en la noche, mi padre prende las lámparas de su cuarto y los discos se revelan con sus títulos escritos sobre sus lomos desnudados por la luz. Escuchar esa colección es como hacer de un pentagrama un pergamino, y estirarlo lejos, como jalar un eco con una aguja en un surco casi infinito, desde los cantos gregorianos de la Edad Media hasta las composiciones de románticos tardíos como Rajmáninov e intérpretes de ópera de las últimas décadas del siglo pasado.



La Novena Sinfonía, la primera puerta a la música clásica

Una tarde de 1966 en Ciudad de México, mi padrino había invitado a mi padre a su casa ubicada en San Pedro de los Pinos. Ahí escucharon la Novena Sinfonía de Beethoven dirigida por Wilhelm Furtwängler, un director alemán que había sido un feroz crítico del nacionalsocialismo y que en un evento había negado responderle el saludo fascista al mismísimo *Führer*. El disco era un vinil oscuro y brillante que la aguja del tocadiscos ya había recorrido con parsimonia sus surcos.

Ambos quedaron impactados con la técnica y fuerza de aquel director y de la música de Beethoven. A partir de aquel momento, mi padrino adquiriría un gusto por los compositores alemanes como Johann Sebastian Bach, Wolfgang Amadeus Mozart, Georg Friedrich Händel, entre otros. En esos años, Carlos estudiaba la licenciatura en Derecho en la Universidad Autónoma de México (UNAM) y mi papá, la licenciatura en Letras Hispánicas en la misma universidad. Sus encuentros, tanto en esa enorme urbe como en su pequeño terruño en Parral, siempre fueron a través de la música clásica.

Mi padre me va contando esta historia entre discos, primero me muestra aquella sinfonía de Beethoven, luego brinca a otro, casi formando una rayuela con esos álbumes cuadrados: “El primer disco de ópera que le asombró fue este”, me comenta, mientras me extiende una portada del tamaño de una ventana por donde podría asomar la cabeza, con una fotografía donde aparece un Björling con un rostro casi hierático con dos entradas que se prolongaban en uve en su cráneo y una corbata tan azul como sus ojos, “y éste otro”, me indica el siguiente LP, con una imagen color madera donde el mismo cantante

posa sentado con su antebrazo recargado en un escritorio.

Cuando mi padrino conoció ese tenor, las agujas de su tocadiscos como el de mi padre, se tornaron más hacia al camino del canto, de la ópera más que al de las orquestas de música clásica.

Una colección única

“Mi compadre decía que mi colección era única y que no había otra como ésta en la República”, me comenta mi padre. Este acervo acumula más de seiscientos discos compactos y mil ochocientos LP. Mi papá me afirma que ha escuchado por lo menos una vez cada uno de sus discos, aunque hay otros que han pasado decenas de veces por la aguja y el láser de reproductor de música de la casa. Hay cantantes que su voz se han vuelto tan familiares en ese estudio y para los oídos de mi papá, aunque muchos de estos cantos sean, hasta en su propia tierra, voces extrañas que hablan con dulzura y fuerza de un mundo igual de desconocido.



Enzo de Muro Lomanto, es de aquellos “profetas” que no lo son de su tierra, un tenor italiano de poca fama, pero con la suficiente para que un día llegara a las manos y oídos de mi padre. En una de las visitas de mi padrino a Italia, el escritor dedicó parte de su tiempo a

buscar las grabaciones de este cantante, pero hasta en las disquerías desconocían a este tenor. Ni en su propia tierra fue fácil dar con él. Sin embargo, ahora los discos de Enzo de Muro están acomodados con otros cantantes, su voz tiene un espacio pequeño en un rincón de Parral.

Eran los sesenta, la década de los discos de larga duración o LP, mi papá comenzó a formar su colección de música, luego vinieron los CDs y este acervo siguió creciendo con ediciones en ese formato. Varios de estos discos eran entregados por mi padrino a mi papá, hay veces que llegaban de forma personal y otras por correo: “Él me obsequió muchos discos raros que no se podían conseguir, y que hasta la fecha ya es imposible encontrarlos. Unos me los compró en Bolonia, otros en New York y en otros sitios del extranjero”.

Enzo del Muro Lomanto, Francesco Merli, Jussi Björling, entre otros, fueron tenores que nutrieron las filas del estudio de mi padre, muchos de estos álbumes llegaron gracias a mi padrino, voces que surcaron los cielos y tierra para encontrar un digno espacio y un oído que los esperaba con paciencia.

Jorge Negrete, el rock and roll y la música clásica

En la niñez, casi adolescencia, mi papá y mi padrino escuchaban a Jorge Negrete, aquel famoso charro que logró su fama durante la época del Cine de Oro en México e internacionalmente, un intérprete que tenía la proyección de una voz de ópera pero que terminó por inclinarse por la música popular.

Mi padrino tenía una colección de vinilos de aquel artista, aunque a su padre, Carlos Montemayor Díaz, era crítico con esos primeros gustos musicales de su hijo. Con los años no sólo apreciaría a los artistas regionales sino

también el Rock and Roll, el cual sonaba como un himno de rebeldía en las radios y que además logró una gran comercialización en las disquerías con el público joven.

En esos días, mi padrino había formado un grupo de Rock and Roll, llamado los Golden Boys, en donde él tocaba una guitarra eléctrica, probablemente de la marca Ehipone Les Paul. Mi padrino ya había aprendido a tocar la guitarra en las cantinas de Parral, llegaba en las mañanas, en donde el olor a cloro disipaba el rastro de las noches de alcohol, mientras lo esperaba un profesor.

“En ese tiempo no nos llegaba nada de música clásica, sólo popular como el rock”, me cuenta mi padre. En Parral había dos discotecas, las cuales, según me indicó: “una estaba en la calle Coronado y la otra en la 20 de noviembre, pero nunca llegaban ahí álbumes clásicos”. La única manera de haber accedido a ese tipo de música tendría que haber sido a través del profesor, escritor y músico José Rentería Páez, pero este ya había fallecido en 1964. La casa de José Rentería estaba cerca de los Funerales Cárdenas, a unas cuadas también de mi hogar. Un año después del fallecimiento del autor de “Allá en Parral”, mi padrino descubriría la pasión por la música clásica en las sinfonías de Beethoven.

Hablábamos de música y de política... y a veces de literatura también”

Los cantantes de ópera favoritos de mi padrino fueron Jussi Björling, luego Francesco Merli, otro intérprete que conoció gracias a su compadre. Además, disfrutaba de otras voces como Aureliano Pertile, Enrico Caruso, entre otros. No obstante, a diferencia de mi padre, quien también admiraba a estos cantantes, él tenía una gran inclinación por las interpretaciones de Miguel Fleta, un tenor

aragonés que empezó su carrera en las rondallas de su tierra natal, luego se proyectaría a los teatros y escenarios más famosos del mundo.

“¿Por qué les gustaba tanto Björling a usted y a mi padrino?”, mi padre me contesta, casi al modo de Julio Cortázar que afirmaba que sus dioses eran terrenales, que: “La voz de Björling era perfecta. La dulzura de su voz, su pastosidad, los timbres que dominaba. Era un Dios este hombre no tenía defectos y en eso coincidía el barítono alemán, Dietrich Fischer-Dieskau”.

Paco Ignacio Taibo II también menciona esta afición por los cantantes de ópera que tenía mi padrino, en el prólogo de *Las mujeres del alba*: “Una vez te dije que viejos rojos, viejos rockeros y viejos novelistas nunca mueren, y me propusiste que añadiera a la lista a los cantantes de ópera. Tengo que confesarte que nunca lo hice”.

Mi padre me contó que a mi padrino, le llegó a apasionar tanto la ópera que terminó por estudiar canto con el gran barítono de Camargo, Roberto Bañuelas. Después grabaría tres discos: de canciones napolitanas e italianas, de María Grever y Zarzuela. Algunos de esos álbumes también forman parte de la colección de mi papá.

“Fue tan amplia la actividad de tu padrino que quiso abarcar muchos ámbitos. Yo me concentré en la música y él en la literatura, la actividad política, la traducción, el canto, etc.”, agregó mi padre.

Mi papá describe las conversaciones con mi padrino de la siguiente manera: “Hablábamos de música y de política... y a veces de literatura también. De nuestras vidas. Tanto tu padrino como yo éramos de izquierda y yo creo que

hasta la fecha esa es la vía por la que debemos seguir”.

Del canto a la traducción: la música como vínculo de otras lenguas

Entre sus discos mi padre guarda un Réquiem de Verdi, era otro de los álbumes que fortalecieron la relación con mi padrino. Bajo las tapas de ese LP, hay un texto que mi papá tradujo del latín al español de aquella misa, el cual, una vez que la leyó mi padrino, le dijo: ¡“Cómo dominas bien el latín”!.

Mi padre había estudiado dos años esa lengua en la UNAM y había ayudado en diferentes consultas de ese idioma a mi padrino.

Tiempo después, mi padrino llegó a dominar esa lengua y otras más, incluso llegó a traducir los cantos de Carmina Burana del latín bajo al español. Aquel libro se resguarda en uno de los libreros de mi casa todavía con una dedicatoria de su traductor a mi padre, a quien confiaba que disfrutaría enormemente la lectura de ese texto.

Una última visita al estudio de mi padre

“Todavía, en vísperas de su muerte, Jussi Björling había sido para él, el cantante más grande de todos los tiempos. Aquí tomábamos la copa de vino o whisky”, me confiesa mi papá mientras me señala el estudio ornamentado entre decenas de objetos, discos, sombras y luces, luego añade: “yo lo tomaba con agua mineral y él puro, y escuchábamos a los más grandes cantantes. Hay veces durábamos hasta media noche”.

“¿Qué fue lo último que escucharon antes de que falleciera mi padrino?”, le preguntó a mi padre: “Escuchamos a Merli y este álbum”, que me indica de nuevo con el dedo, es el mismo disco de Jussi Björling, aquel vinilo, con el que alguna vez mi padrino habría de despertar su interés en la ópera.

“Tengo un titipuchal de cantantes ni modo que los escucháramos en una noche”, me reitera mi padre y pienso en todos sus discos girando bajo la aguja o como un remolino en su reproductor de CD. Siento cómo un centenar de sonidos de instrumentos y voces se precipitaran a mis oídos, como si estuviera frente a un inmenso río que se desliza suavemente, tranquilo y a veces con furia, una corriente que se despierta y levanta su caudal sobre los surcos de los LP.

“Yo hasta la fecha sueño a mi compadre, y a veces pienso que se debió haber cuidado más de salud. Quiso abarcar muchos proyectos, pero por desgracia no le alcanzó la vida”, concluye mi padre.



MONTEMAYOR Y LOS ESCRITORES CHIHUAHUENSES EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Jesús Vargas Valdés



En la década de 1970 algunos escritores chihuahuenses habían logrado posicionarse en la vida cultural de la capital del país, unos como funcionarios y todos como autores publicando sus primeros libros: Carlos Montemayor; Ignacio Solares; Víctor Hugo Rascón Banda; Federico Urtaza; José Vicente Anaya; Joaquín Armando Chacón.

A finales de la década, Carlos Montemayor se convirtió en uno de los principales actores de la vida cultural en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, desde esta posición provocó que se hiciera la primera reunión de los chihuahuenses en México y que, de ahí en adelante se consolidara éste como uno de los grupos intelectuales de provincia más importante en la capital de la república. El grupo original estuvo integrado por escritores,

pero también participaron el escultor Sebastián, el pintor Benjamín Domínguez y el cineasta Gonzalo Martínez.

Esta es la lista y los primeros datos de los escritores:

Carlos Montemayor. Entre todos era el más avanzado, en 1970 El Universal le había otorgado un premio por la colección de cuentos *Las Llaves de Urgell*, que al año siguiente publicó la Editorial Premia, dando

lugar a que, en 1971, se le reconociera con el premio Xavier Villaurrutia.

Ignacio Solares. En 1975 publicó su primer libro en el que reunió una colección de cuentos bajo el título “El hombre habitado”. Antes había llevado a escena dos obras de teatro que él mismo había dirigido: “El Jefe” y “El Problema es otro”.

Víctor Hugo Rascón Banda. Había publicado en 1979 su obra “Voces en el Umbral”, finalista en el premio de España Tirso de Molina. Ese mismo año se publicó “Los Ilegales” que estuvo en la terna de la mejor obra de autor nacional y “La Maestra Teresa” con la que obtuvo el Premio Nacional de Teatro “Ramón López Velarde” otorgado por el gobierno de Zacatecas.

Joaquín Armando Chacón. En 1969 había estrenado una obra de teatro, “Dos meridianos a la misma hora”, cuatro años después, en 1973 Editorial Joaquín Mortíz publicó su primer libro, *Los Largos días*.

José Vicente Anaya. Llegó a la ciudad de México entre 1966 – 1967. No obstante que siempre se asumió poeta, se inscribió en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, donde vivió la huelga estudiantil de 1968. Después de la huelga se inscribió en la carrera de Letras, de la Facultad de Filosofía. Solo permaneció un semestre, en 1970 decidió ser poeta autodidacta. Puedo permitirme escribir que era el más proletario entre todos los del Grupo chihuahuense, principalmente por su origen campesino. Sus primeros libros publicados fueron: “Los valles solitarios” y “Aludel Trizado” en 1974.

El Grupo de los chihuahuenses

En 1980 Carlos Montemayor había logrado ubicarse en los medios intelectuales de la capital en diferentes áreas de la vida cultural. Como se ha indicado en líneas anteriores. A los 24 años Carlos recibió el Premio Xavier Villaurrutia 1971, pero además de este premio publicó dos libros de poesía: *Las Armas del Viento* en 1977 (Hiperión), y *Abril y Otros Poemas* en 1979 (FCE). Su nombre aparecía regularmente como articulista en diversas revistas, periódicos, así como en algunas antologías.

De 1972 a 1974 estuvo en el Centro de Estudios Orientales del Colegio de México, llevando el postgrado en Lenguas Semíticas. Su interés por la Lingüística e idiomas lo distinguió como uno de los jóvenes especialistas más importante de su generación. En 1977 tradujo del portugués el libro de Fernando Pessoa, *Oda Marítima*. Esta traducción y el libro *Los Dioses Perdidos y otros Ensayos*, de 1979, fueron publicados por la UNAM.



De Izquierda a derecha: Víctor Hugo Rascón Banda, Joaquín Armando Chacón, José Fuentes Mares, Ignacio Solares, Carlos Montemayor y Sebastián

En 1979 el periódico *El Nacional* le otorgó reconocimiento por el manuscrito de *Minas del Retorno*, novela que se publicó dos años después en Barcelona, por la editorial Argos-Vergara. Como dato curioso, en la página legal de esta edición aparece el nombre completo: Carlos Antonio Montemayor Aceves. Hago esta observación porque en toda su obra posterior solo apareció el nombre con el apellido paterno.

Al mismo tiempo que se desarrollaba como poeta y traductor, en 1974 se inició en la práctica docente como catedrático en la Universidad Autónoma

Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Tres años después su amigo Jorge Ruiz Dueñas, directivo de la Universidad lo invitó a que se hiciera cargo de Extensión Universitaria. Se tiene que recordar que la UAM estaba en sus primeros años, las condiciones eran propias para todo tipo de actividades culturales y Carlos supo aprovechar el momento.

En 1979 fue nombrado Director de Difusión Cultural donde no solo promovió actividades culturales, sino que intervino en la realización de obras materiales de relevancia, destaco tres de estas porque dejaron huella en la historia de la institución.

- Impulsó la instalación de una serie de esculturas monumentales dentro de los espacios de la naciente Universidad, originalmente se iban a instalar en las tres Unidades de la UAM, solamente se logró en la Unidad Azcapotzalco donde la coordinación de la obra quedó a cargo del escultor chihuahuense Sebastián.

- Por iniciativa de Carlos se fundó el Teatro de la Paz. La Universidad Metropolitana contaba con un espacio ubicado en la Colonia Condesa que estaba prácticamente abandonado después de que había sido utilizado como sala de música. Carlos promovió y gestionó los recursos para convertirlo en Teatro. En la inauguración se escenificó la obra de Carlos Fuentes *Orquídeas a la luz de la Luna*, donde se narra la relación entre las grandes divas mexicanas, María Félix y Dolores del Río. El evento fue muy relevante por que asistieron como público varias personalidades del teatro, entre ellos el autor de la obra.

- La Galería Metropolitana se fundó también por iniciativa de Carlos, en este caso fue de manera más directa porque se hizo en la planta baja de las instalaciones de la Dirección de Difusión Cultural. El origen de esta obra fue el siguiente:

el espacio en el que se desarrollaban las actividades de la Dirección de Difusión Cultural eran inadecuados e insuficientes. Para resolver el problema, la Universidad adquirió un edificio antiguo en la colonia Roma. Los arquitectos de la misma institución se encargaron del proyecto de restauración. En el proceso del diseño Carlos propuso, que las oficinas se instalaran en el segundo piso y que en la parte baja se acondicionara una galería, la idea fue aprobada y así nació la Galería Metropolitana que se inauguró con una serie de grabados de Rufino Tamayo.

- Carlos introdujo a escritores nacionales e internacionales de relevancia en la vida académica de la Universidad, pero también fuera de la UAM. Destaco esta actividad en el campo editorial porque fue ahí donde se gestó la primera reunión de los chihuahuenses en la ciudad de México, la coyuntura surgió en 1980 cuando se otorgó a Jesús Gardea el premio Xavier Villaurrutia.

Jesús Gardea, el desconocido

En 1979 cuando Jesús Gardea radicado en Delicias, publicó su primer libro de cuentos, "Los Viernes de Lautaro" casi nadie lo conocía en Chihuahua, pero tampoco en la ciudad de México. En 1980 se publicó su segunda obra, "Septiembre y los otros días" y ese mismo año se le otorgó el Premio Xavier Villaurrutia. Puedo afirmar que la obra de Gardea lo deslumbró porque dos años después, cuando lo visité en el Colegio Nacional, me comentó con entusiasmo que la prosa de Gardea era lo mejor del momento en todo el país. El tema es que Carlos no lo conocía y por eso cuando se publicó lo del premio buscó a los "desperdigados" escritores chihuahuenses que no se habían reunido antes, los invitó para que asistieran a un restaurante de la avenida Insurgentes y así fue como se

encontraron todos por primera vez celebrando con el premiado.

Entre los asistentes estuvo el escritor Joaquín Armando Chacón, recordó hace unos días que Carlos tomó la palabra para felicitar a Gardea halagándolo con entusiasmo y luego celebró que tantos chihuahuenses estuvieran destacando en la vida cultural de la capital, considerando que era necesario buscar las condiciones para seguirse reuniendo.

No pasó mucho tiempo para que Víctor Hugo Rascón Banda tomara la palabra, él ocupaba un cargo directivo en Banca Cremi que tenía entre los servicios internos de la empresa financiera, un salón especial para los eventos de los directivos y sus invitados, ese salón tenía cocina bien equipada, chef de planta; cantina, barista y meseros. Como encargado de la Dirección de comunicación, Víctor Hugo hizo la petición correspondiente para que se le permitiera usar el salón con sus invitados chihuahuenses y así fue como poco después se reunieron por primera vez y lo siguieron haciendo durante algunos años hasta que Víctor Hugo dejó Banca Cremi en la medianía de la década de 1990.

El escritor Ignacio Solares tenía un puesto importante en el Banco Nacional de México donde se reunieron algunas veces en las mismas condiciones que en Banca Cremi.

En la medianía de la década 1980 el arquitecto Mario Arras estaba a cargo del Centro Cultural Vallina en la ciudad de Chihuahua donde organizaba diversas actividades literarias. Él fue el organizador del Primer Encuentro de Escritores Chihuahuenses, acontecimiento muy relevante porque participaron los que radicaban

en la ciudad de México presentándose por primera vez juntos en su tierra.

Así fue como se formó el famoso grupo de los chihuahuenses radicados en la ciudad de México. La obra que nos legaron, los libros de poesía, novela, cuentos y obras de teatro rebasa los cien títulos. A final de cuentas espero estas líneas sirvan para provocar el interés por leer algunos de los libros y que, las instituciones de cultura del estado de Chihuahua definan entre sus objetivos difundir en la sociedad, principalmente entre los jóvenes las biografías y cuando menos alguna muestra representativa de la obra escrita de estos autores. Excepto Joaquín Armando Chacón, todos los que he mencionado ya murieron, pero sus novelas, su poesía, sus relatos y obras de teatro pueden seguir tan vivas como nosotros les demos aliento.



SEGUNDA PARTE: ABORDAJES A LA OBRA LITERARIA DE CARLOS MONTEMAYOR

Carlos Montemayor en sus facetas literarias: Victoria
Montemayor Galicia

Carlos Montemayor: Aproximaciones a las Llaves de Urgell,
Ramón Gerónimo Olvera

Carlos el guerrillero: Rigoberto Martínez Escárcega

CARLOS MONTEMAYOR EN SUS FACETAS LITERARIAS

Victoria Montemayor Galicia



Carlos Montemayor nació en Parral el 13 de junio de 1947 y murió en la CDMX en una noche de luna llena y en el aniversario de mi abuelo. Montemayor primero cursó la Facultad de Derecho de la UNAM, una vez concluida la licenciatura decidió ingresar a la Licenciatura y la Maestría en Letras

Iberoamericanas y Letras Clásicas también en la UNAM. En 1971 obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia a los 24 años de edad por el libro de cuentos *Las llaves de Urgell*, obra que se caracteriza por el manejo de temas oníricos, de rituales, ecos de la ciudad y del desierto se cruzan con imágenes del paraíso y del infierno, con la calzada de los Templos, relatos en los que la realidad se entrelaza con la ensoñación. En 1985 se publicó *Cuentos Gnósticos*, obra que como su nombre lo indica, proyecta temas místicos y gnósticos. En estos relatos el lector se encuentra con ángeles y demonios, el universo dantesco se proyecta en la primera parte titulada “Imaginaria”, en donde el aspecto divino, mortal y demoníaco se encuentran. Donde la Inquisición, las invocaciones y los demonios se conjuntan para dar vida a una historia fantástica donde diversos inquisidores, nombres basados en personajes reales, entrevistan a las mujeres que aparentemente hacen hechizos, mujeres que danzan, vuelan y hacen rituales en el claro de un bosque a media noche. El símbolo de la sangre, un niño que juega con una estrella, y una historia que se desarrolla en el lejano Oriente conviven en estos relatos. Esta obra es una de las más olvidadas del escritor, junto con *Operativo en el Trópico* o *El Árbol de la vida* de Stephen Mariner que le valió el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo, por *Radio Francia Internacional* en 1994; tres años después del Premio Narrativa Colima por *Guerra en el Paraíso*, obra icónica y la primera en investigar y tratar el tema de la guerrilla en nuestro país. Precisamente, son, al

parecer, las obras más leídas: Guerra en el paraíso, Las armas del alba, La fuga, Las mujeres del alba y La guerrilla recurrente.

Quien lee a Montemayor por primera vez puede hacerlo a través del tema que más le interese: si es literatura fantástica puede recurrir a Las llaves de Urgell, si el tema que le atrae es místico y gnóstico ahí está Cuentos Gnósticos, si busca temas apegados a la realidad, están El alba y otros cuentos y Operativo en el Trópico o el Árbol de la vida de Stephen Mariner; o bien, sus novelas sobre minería: Mal de piedra y Minas del retorno, o la historia de México de los años 30 al sexenio de Zedillo en Los Informes Secretos, cuya traducción al italiano La danza del serpente, obtuvo el Premio Especial Giuseppe Acerbi en 2004, y por supuesto, la obra sobre guerrilla. Si poesía: Abril y otras estaciones, Finis terra, Memoria, Los poemas de Tsin Pau y Apuntes del exilio. Si ensayo: Los dioses perdidos y otros ensayos, Historia de un poema: La IV Égloga de Virgilio, La Violencia de Estado en México, antes y después de 1968, o Nueve poetas mexicanos, publicado recientemente por la UACJ, entre otros. Si traducción: La imaginaria ventana abierta de Lêdo Ivo, Safo, Poesía de los goliardos: Carmina Burana, Antología de la poesía griega del siglo

XX y Saludo al mundo y otros poemas de Walt Withman, entre otros. Como se puede apreciar, Montemayor fue poeta, traductor, ensayista, investigador, luchador social, promotor de lenguas indígenas, analista político y tenor. En el campo de la música se encuentran los discos de arias de ópera, canciones napolitanas e italianas, de María Grever, Zarzuela y cantos de España. Es por esta razón que esta Gaceta especial pretende proporcionar una mirada desde diversas perspectivas a la vasta obra del escritor parralense. Una cuestión que me parece importante resaltar, es que en la historia de nuestro país no ha habido un intelectual de talla internacional como Carlos Montemayor quien destacó en los diversos campos literarios y cuya obra ha sido traducida a diversos idiomas como el alemán, francés, italiano, hindi, inglés, griego, portugués, entre otros. Sus múltiples facetas dejaron un vasto campo para la lectura y la investigación.



CARLOS MONTEMAYOR: APROXIMACIONES A LAS LLAVES DE URGELL.

Ramón Gerónimo Olvera

Cuando el carpintero adquiere conciencia del objeto que crea, no sólo es porque logra advertir los usos y cualidades de lo que ha construido. Adquiere pleno conocimiento del sentido profundo de su oficio, cuando puede establecer un dialecto entre las maderas, los utensilios, la materialización de la geometría y la funcionalidad de su invento.

Antes de muebles, el artesano tiene una aproximación determinante de las formas que va a tomar la materia prima que tiene entre sus manos. Detrás de una bella mesa de cedro o una silla de encino hay una poética que lo sustenta.

Carlos Montemayor en su libro “El oficio literario” afirma, a partir de una detallada revisión de la historia y la teoría literaria, que el escritor no sólo es un ser tocado por las musas, que su artefacto (el cuento, el poema, la novela) exige un hacer técnico, una perseverancia -a golpe de martillo- entre la materia y la idea. La madera del escritor es el lenguaje. Puede ser tan resplandeciente como el más fino sicomoro o tan áspera y llena de astillas como un leño abandonado a mitad de la carretera. Conocimiento, técnica y temple serán los elementos que hagan la diferencia.

La relación de Montemayor con el lenguaje tiene múltiples y destacadas formas. Es la de un erudito, que lo mismo traduce a Safo que a Pessoa, el intelectual que como miembro de la Real Academia de la Lengua destaca por precisión y conocimiento histórico de los idiomas. Estamos ante el estudioso que puede coordinar un diccionario de Náhuatl, traducir

literatura del maya contemporáneo o presentarnos la poesía de los Goliardos. Pero su condición de políglota es todo lo opuesto al cúmulo infértil de saberes, por el contrario, su conocimiento de muchas lenguas hace de su trabajo un caminar por el pensamiento universal, para encontrar las afluentes -algunas veces inimaginables- entre culturas distantes, que él con su sabiduría las convierte en estuario.

Cuando Montemayor escribe poesía (lo hace no sólo en los poemas, sino en su ensayística y narrativa) es un delicado orfebre, coloca los adjetivos con finura, construye imágenes literarias evocadoras donde se puede flotar en su universo de metáforas.

Montemayor en su faceta de novelista de la guerrilla, articula un lenguaje en ocasiones frontal. La naturaleza del tema se lo exige y lo logra con solvencia. Pero también se da la oportunidad para que fluya la belleza en medio de atmósferas de violencia y represión.

Pero su profesión de filólogo le lleva a un nivel de lenguaje muy específico: el gnóstico. Ya desde “Las llaves de Urgell” explora que detrás de cada palabra no sólo hay una historia, sino un secreto que como tal debe ser apenas susurrado. En este libro de cuentos, relatos como “De Cielo et inferno” o “Los pueblos Santos” nos adentra en la atmósfera de cómo en lo superficial de este mundo puede encontrarse la llave de marfil para entrar en otras dimensiones. Imaginería literaria o búsqueda esotérica, cada lector decidirá el camino a

sortear. Lo cierto es que la sola posibilidad de que exista otra realidad en el trasluz de nuestra conciencia, es ante todo una posición frente al lenguaje/materia prima.

En su poesía aparece esto con frecuencia, ya sea con los textos de “Abril y otros poemas” donde sus versos aparecen sugeridos desde el alfabeto hebreo, con esto el poema además de la lectura habitual sugiere entrar a la tradición de la Kabalá o el Talmud. Pero su último libro de poesía “Apuntes del exilio” sugiere una forma de lectura cercana a la alquimia y los conocimientos confiados al oído y al juramento.

“Los cuentos Gnósticos de M.O Mortenay” es un libro raro dentro de la amplia producción del autor. Concebido desde un heterónimo, Montemayor construye un personaje que es “un políglota consumado” y su saber de lenguas le llevará a compartir fragmentos de su diario donde se asoman lo mismo “Los Manuscritos de Nag Hammadi”, las indagaciones de Fulcanelli sobre las catedrales o las hibridaciones entre oriente y occidente de Ouspensky o Gurdieff. La lectura es complicada, porque exige la visita constante al diccionario de religiones, mitos y gnosticismo. Pero cuando se logra entrar a su mundo es apasionante, con ecos de la gran prosa de Borges, con quien por cierto mantuvo estrecha amistad.

Entre sus páginas se transita de la luminosidad revelada al tono lúgubre. Por ejemplo:

“El monje estaba colgado del campanario con los pies hacia arriba, con la sotana caída sobre el pecho y la cabeza dejando al descubierto sus piernas y el calzón, gritando desesperadamente que un grupo de demonios lo había colgado”

Libro de tormentos y de exorcismos. Cabe mencionar que la forma en que se expulsan los demonios es por medio del lenguaje, de los rezos que se configuran al modo de los poemas para lograr que la sucesión de palabras genere un conjuro que cimbre y libere a la víctima del mal. En el libro se hace un repaso literario de la brujería hasta mitos tan interesantes como el de Isis y Osiris vinculado al cristianismo primitivo o el complejo caso de Lilith.

Si en algún texto podemos ver las ideas del lenguaje como materia prima para construir y destruir el mundo es en este texto. Por ejemplo, el poeta Parralense afirma: “Hablar es separar, olvidar. Las palabras son una piedra sobre la corriente del río. La serpiente del sueño, cuando carece de palabras muere”. Su poética refiere a que, ante la imposibilidad del lenguaje de decirnos la mismidad originaria del mundo, solo queda el poema que por medio de la analogía nos da versiones aproximativas y analógicas de la experiencia existencial que es incommunicable en su totalidad.

En junio de 1947 vio la luz nuestro autor homenajeado. Su ausencia de esta plano es terrible. Sin embargo, en cada una de las páginas de su obra renace su presencia, en la voz plena del misterio.



CARLOS EL GUERRILLERO

Rigoberto Martínez Escárcega



Hablar de Carlos Montemayor sin caer en la apología o la hagiografía se antoja una empresa francamente imposible. Cultivó tantas disciplinas y abonó tantos campos del saber que no se puede hablar del maestro más que de forma elogiosa. Fue novelista, ensayista, poeta, promotor de las lenguas indígenas, cantante de ópera, entre otros muchos terrenos en donde cosechó frutos originales. Además, se ha escrito de forma tan abundante sobre la vida y la obra de Carlos Montemayor que sería francamente pretencioso intentar elaborar un análisis novedoso sobre alguno de sus textos. En todo caso, me gustaría resaltar su faceta de narrador e investigador acucioso de la guerrilla

contemporánea en México. Tomaré como objeto de estudio cinco textos narrativos: Guerra en el paraíso, Los informes secretos, Las armas del alba, La fuga y Las mujeres del alba. Son cinco novelas basadas en hechos reales, pero tejidas de forma cuidadosa con el hilo de la ficción.

Guerra en el Paraíso se publicó en 1991 por la editorial Diana. La novela aborda la guerrilla que encabezó Lucio Cabañas Barrientos en el estado de Guerrero. Es un relato a dos voces: por un lado, la perspectiva del pueblo y los guerrilleros, y por otro, la visión del gobierno y el Ejército Nacional. El texto es una aportación fundamental para comprender la cotidianidad y

la subjetividad de la lucha armada en el México de la segunda mitad del siglo XX. Es un trabajo basado en años de investigación documental y trabajo de campo con fuentes primarias. Carlos Montemayor ejercía el oficio de historiador y antropólogo. Escudriñó meticuloso y paciente en los archivos históricos. Y, a la vez, caminó por las veredas intransitables de la sierra de Guerrero para entrevistar a los personajes que vivieron la historia. Sin embargo, a la hora de construir el texto se convirtió en un narrador y en un poeta que hizo uso de la imaginación y la ficción. El resultado es único en su género. Abrió una ventana que permite acercarse a la complejidad de los grandes conflictos que marcaron al México contemporáneo.

Los informes secretos es una novela que se publicó en 1999 por la editorial Joaquín Mortiz. Este texto abrió de nuevo un campo inexplorado en la literatura. Se basa en un informe que los espías del gobierno (entiéndase agentes de la Secretaría de Gobernación e Inteligencia Militar) elaboran sobre un académico comprometido con las luchas de izquierda. Es evidente que la historia relatada es autobiográfica. Y que los acontecimientos se basan en un expediente real al cual tuvo acceso Carlos Montemayor. Sin embargo, no es una simple bitácora de acontecimientos o una crónica descriptiva. La ficción y la narrativa logran construir un texto con una prosa literaria exquisita y con un análisis político bien articulado y profundo. Se pone en el escenario el papel de los intelectuales comprometidos y su relación con los movimientos clandestinos.

En el 2003 salió a la luz la novela Las armas del alba. Aquí se aborda el levantamiento armado y el asalto al cuartel en Ciudad Madera el 23 de septiembre de 1965. El tema es particularmente sensible para Carlos Montemayor, no sólo porque forma parte de la historia de su tierra,

del estado que lo vio nacer, sino porque algunos de los protagonistas de la historia fueron sus compañeros de estudios, sus amigos queridos, con los que compartió sueños y trincheras de lucha. La estructura del texto es semejante a la Guerra en el paraíso, se construye a base de una confrontación de perspectivas entre las partes enfrentadas: los guerrilleros y el Ejército. La narración se complementa con fragmentos de entrevistas. El libro se convierte no sólo en una referencia biográfica obligada para abordar el tema, sino en una narrativa poética imprescindible. Es de llamar la atención el poema que abre el libro, se le adjudica la autoría a Tsin Pau, poeta del siglo VIII, pero en realidad es producto de la inspiración del propio Montemayor. Estas travesuras literarias están presentes a lo largo de toda su obra escrita.

La fuga se publica en 2007, es un relato complementario de Las armas del alba. Se narra la fuga épica de Ramón Mendoza Torres de la prisión de Las Islas Marías. Ramón Mendoza es un sobreviviente del asalto al cuartel en Ciudad Madera en 1965. Ramón Mendoza y Oscar González Eguiarte caen prisioneros en la ciudad de Chihuahua al matar a un policía. Tenían el propósito de continuar la lucha guerrillera. Carlos Montemayor construye un diálogo entre el narrador y el entrevistado. El texto adquiere una intensidad propia de las novelas de aventura y de misterio. Es un relato imposible de soltar.

De forma póstuma aparece Las mujeres del alba en el 2010. Este texto forma parte de la trilogía del asalto al cuartel en Ciudad Madera. Se recoge, a manera de testimonio, la versión de los acontecimientos contados por las mujeres involucradas de forma involuntaria. La voz de las madres, las hermanas y las hijas de los guerrilleros adquiere un tono poético y trágico.

Carlos Montemayor se empata con la narrativa de Sófocles, Esquilo y Eurípides.

¿Por qué el interés de Carlos Montemayor por la guerrilla socialista en México? Porque no fue un narrador extraño y alejado de los acontecimientos, sino que la guerrilla fue parte de su propia construcción identitaria. Porque los guerrilleros fueron sus amigos, sus compañeros de escuela y sus colegas de lucha. Porque compartió con ellos sueños de libertad. Porque formó parte de una generación en donde se cancelaron todas las posibilidades legales y democráticas de luchar contra las injusticias. Porque amaba en el alma a su pueblo querido y a toda la humanidad. Y porque Carlos Montemayor también fue un guerrillero que combatió con la pluma todo tipo de entuertos y felonías, y murió construyendo un futuro menos desalentador.



TERCERA PARTE: LAS MUJERES EN LA OBRA DE MONTEMAYOR

“Nosotras también somos parte de esta historia”: Cristina
Carreón

Carlos Montemayor: Una rara generosidad: Nithia Castorena-
Sáenz

“NOSOTRAS TAMBIÉN SOMOS PARTE DE ESTA HISTORIA”

Cristina Carreón

Lamentablemente, la realidad de México en cuanto a la participación de las mujeres en los movimientos sociales se caracteriza por una lucha permanente contra la violencia de género, la búsqueda de igualdad y justicia. Las mujeres han estado presentes en todas las luchas sociales relevantes, incluyendo la Independencia, la Reforma, la Revolución y la lucha por los derechos humanos. Sin embargo, su participación ha sido tradicionalmente relegada a un segundo plano, omitida o minimizada en los registros históricos. Son pocos los historiadores que otorgan la importancia debida a su participación y las sitúan como protagonistas.

A pesar de estas limitaciones, las mujeres han diseñado estrategias para participar activamente. Es el caso del movimiento armado del 23 de septiembre de 1965 en Madera, Chihuahua, que resultó en un intento de asalto al cuartel del Ejército Mexicano. Este acto revolucionario se llevó a cabo por un grupo de guerrilleros conformado por estudiantes normalistas, maestros y campesinos liderados por Arturo Gámiz García, Pablo Gómez y Pablo Ramírez. Su objetivo era enfrentar al Estado y a la clase dominante en busca de igualdad, mejores condiciones de vida, trabajo digno y una distribución de la tierra más equitativa. Aunque fue una derrota militar, el asalto al cuartel de Madera marcó un precedente en la historia de los movimientos guerrilleros en el país. Sirvió como inspiración para organizaciones posteriores como la Liga Comunista 23 de septiembre y el Ejército Popular Revolucionario.

Carlos Montemayor, quien fue un destacado escritor y académico experto en movimientos armados y violencia en México le atrajo este tema. Ello, debido a que presenció la difamación de activistas de su Estado natal Chihuahua, con quienes compartía en el ámbito laboral y personal. Montemayor escribió de este tema en una trilogía de novelas testimoniales: “Las armas del alba” (2003) “La fuga” (2007) y “las mujeres del alba” (2010).

En este último, “las mujeres del alba”, rompería con las formas tradicionales de escribir, que menosprecian o desestiman la presencia y relevancia de las mujeres en los conflictos armados. Reconociendo la valentía y participación de estas mujeres, desde una perspectiva literaria. Mediante esta novela testimonial, visibiliza y da voz a todas las mujeres que contribuyeron con este movimiento. Montemayor revela el papel fundamental como compañeras, madres, esposas, hijas, etc., en los conflictos sociales de la época. Esta decisión tomada por el autor nos muestra su compromiso con la verdad, pero sobre todo el interés, por dar voz a todos aquellos que fueron silenciados históricamente.

Esta novela redireccionó las narrativas sobre los movimientos sociales, que hasta la fecha no habían sido tomados en cuenta: los testimonios de las mujeres que participaron en ellos. En sus páginas se descubre a 16 mujeres que sufrieron dolorosas experiencias y un trato inhumano por parte del Estado. Eso ayudó a concientizar sobre la necesidad de proteger los derechos de las mujeres en estos contextos.

Más allá del reconocimiento literario, la novela ha tenido un impacto significativo en la

conciencia social del país. La obra desafía al lector a que amplíe sus horizontes, a escuchar todas las voces y a reconocer que la justicia social solo se alcanzará cuando todos, hombres y mujeres, nos unamos en la lucha por un futuro más equitativo. “Nosotras también somos parte de esta historia, aunque nadie lo quiera ver. Nuestras lágrimas, nuestros gritos, nuestras manos callosas que cargan el fusil, también son parte de este legado de lucha y resistencia” como afirma Esperanza en uno de los relatos de la obra. Debemos tomar las palabras de estas mujeres como un llamado a la acción y comprometernos con la transformación social.

Porque al final, como nos recuerda Montemayor a través de la voz de Alma: “La revolución no es solo un momento, es un camino que recorreremos juntas, día a día, construyendo un mundo donde todas podamos vivir con dignidad y libertad”. Es nuestra responsabilidad, como herederos de esta lucha, continuar ese camino y asegurar que las mujeres del alba nunca más sean olvidadas.



Herculana con Montemayor. En su casa ubicada en la actual Ciudad Delicias, Chihuahua.

Fotografía de Susana de la Garza

Fuente: Solapa frontal del libro Las mujeres del alba. (2010)



Fuente: Rodríguez, G. (2015, 18 de agosto) “Muere mujer del alba”, madre de un guerrillero de Ciudad Madera.

Foto. Diario El Proceso. Recuperado de: <https://www.carlosmontemayor.mx/single-post/2015/08/18/Muere-%E2%80%99CLA-mujer-del-alba%E2%80%99D-madre-de-un-guerrillero-de-Ciudad-Madera>

CARLOS MONTEMAYOR: UNA RARA GENEROSIDAD

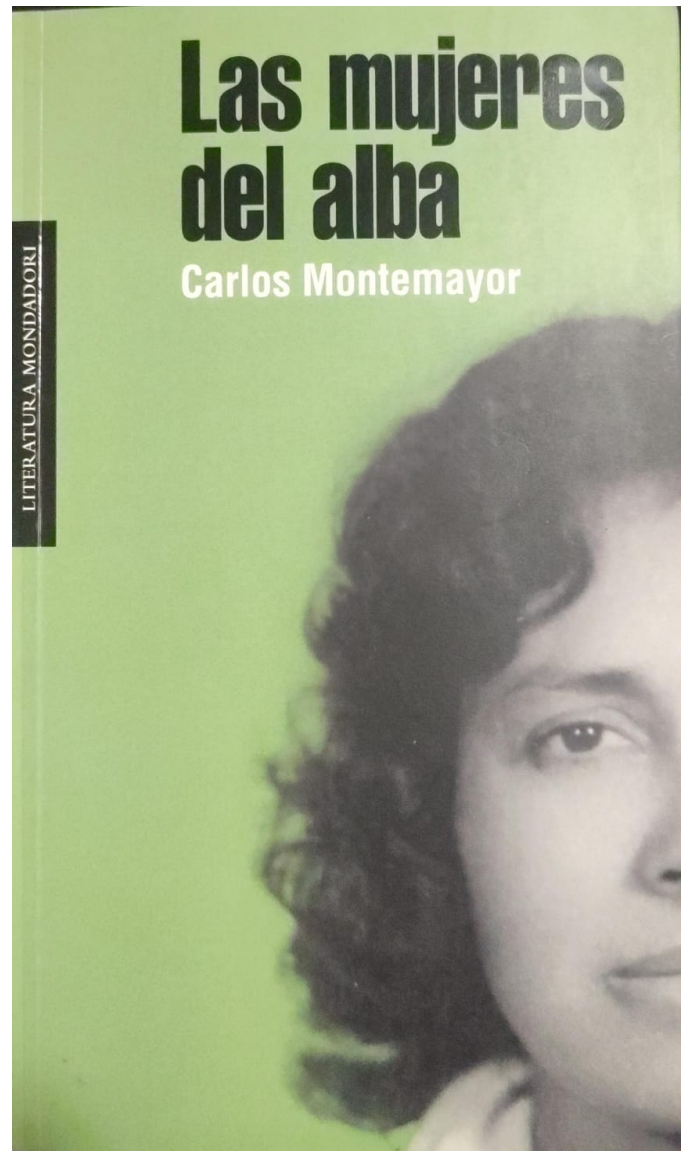
Nithia Castorena-Sáenz

Habría mucho que escribir de alguien que escribió tanto como Carlos Montemayor. Y así pues, grandes plumas locales como las de Víctor Orozco, Jaime García Chávez, Margarita Muñoz, entre otras, han dedicado reflexiones en torno a él, y a obras específicas de él, o a ámbitos específicos.

Cuando queremos saber más de Carlos Montemayor podemos encontrar no sólo investigación histórica (que es el ámbito en el que me reconozco), sino también poesía, ensayos, novela, ópera, pueblos indígenas, reflexiones en torno a la guerrilla, tanto contemporánea como la del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, como la del pasado en los 60's y 70's (de donde deriva, por ejemplo, su famoso libro *Violencia de Estado*).

Y creo reconocer esa condición múltiple, contingente, de Montemayor: se llama fascinación. Fascinación por lo que ocurre y lo que ha ocurrido alrededor suyo, por encontrar la forma de dejar algo de sus ideas para pensar sobre ello, no porque las consideres mejores sino porque lo considera ético. Y sí, es ético pensar en cómo revertir la injusticia que amenaza con arrasar lo bueno del mundo que conocemos. Pero además fascinación por las expresiones de belleza, tal vez no sólo como sus cualidades estéticas, sino el consuelo que pueden llegar a proveer en quien está tan consciente de lo que ocurre a su alrededor. Una sensibilidad particular para encontrarse con lo atroz, verlo a los ojos, y mantenerse firme en el lado de la esperanza.

Cuando comencé mi investigación sobre la participación de las mujeres en los grupos



armados de Chihuahua, era bastante conocida ya la anécdota de Alma Gómez Caballero durante la presentación del libro de Montemayor *Las armas del alba*. Ella le reclamaba a nuestro autor que, en su novela, parecía como si las mujeres no hubiesen existido, pues nunca eran referidas. Montemayor tomó el reto y comenzó así la

investigación y redacción del que sería su último libro que, desgraciadamente, terminó siendo una obra póstuma: *Las mujeres del alba*. En esta novela histórica, y con los permisos que permite la ficción, Montemayor retrató las vidas de las mujeres relacionadas con los integrantes del Grupo Popular Guerrillero que asaltó el Cuartel del serrano municipio de Madera, en Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965. Por supuesto, no existen muchos archivos ni expedientes que den cuenta de qué sentían ellas mientras estos hechos ocurrían, y durante el doloroso desastre que vino después, así que él realizó múltiples entrevistas para conocer de primera mano las experiencias de aquellas mujeres de las que hablaría.

En mis recuerdos, sobre estas novelas de la guerrilla que publicó Montemayor, se encuentra la presentación de *La Fuga*, en la ciudad de Chihuahua, en el auditorio del Poder Judicial del Estado, cuando las Salas aún se encontraban sobre la Calle Allende en el 2009. En el evento estuvo presente Ramón Mendoza, ex integrante del Grupo Popular Guerrillero y personaje principal de la novela, que aborda precisamente la huida de éste del famoso penal federal conocido como “Islas Marías”, ¿quién más podría escaparse de una isla, que también era una cárcel, que un ejidatario norteno de Chihuahua?

Durante la presentación Carlos, en ese tono afable y divertido, contó toda la travesía que hizo para llegar, de nuevo, a la casa de Ramón Mendoza en medio de la sierra de Madera, a compartirle lo que había escrito sobre su historia, a partir de las entrevistas que habían tenido antes. Contó que, luego de leerle el borrador de esta novela, el mismo Carlos le preguntó: “¿qué te pareció?, ¿sí coincide con lo que viviste?” y que Ramón le dijo, muy seguro: “pues ya no me acordaba, pero sí, así fue”.

Además de divertida, la anécdota permite comenzar con toda una serie de reflexiones alrededor de las operaciones de la memoria, y cómo ésta, entre otras cosas, difícilmente se reconstruye de manera individual, es decir, se apoya de un interlocutor que la interpreta.

Ahora bien, y en cuanto al título de esta participación: la rara generosidad: Permanece, de manera perversa, tanto en la práctica de la investigación histórica formal (académicamente hablando), como en la práctica de cronistas y entusiastas de la historia, la idea de que un archivo es, así tal cual, una fuente. Y consideran que esa fuente es, por sí sola la investigación histórica. Y digo que esta práctica es perversa, porque ha llevado a muchos “investigadores” a robar archivos, tanto personas como institucionales. De formas desesperadas, casi salvajes, han llegado incluso a arrancar fojas de expedientes, considerando que eso les garantiza ser una especie de “única voz” sobre el tema del expediente en cuestión, tener la “primicia”.

No son ingenuas, y conozco de las situaciones indeseables que provoca el celo profesional y los conflictos con el ego que algunas personas padecen. Parafraseando a Martí: conozco al monstruo, vivo en sus entrañas. Y bueno, sabiendo que hay gente que pretende ser la única en dominar un tema en específico, y que incluso son capaces de hacer como que otras personas no existen (existimos), o hasta robar algún archivo o negar su existencia: Por supuesto que es raro saber de alguien que, muy al contrario, es capaz de compartir no sólo sus libros y documentos, las entrevistas que realizó y la forma en que las había organizado, ¿acaso no es eso compartir algo de sí mismo? No sólo el fondo sino la forma. Montemayor se compartió él mismo al donar todo su archivo (archivos que otros son capaces de robar) para que más

personas pudieran seguir haciendo investigación.

Ese es, también, Carlos Montemayor. El hombre brillante, fascinado con las cuestiones de la vida a su alrededor. Dedicado a ellas, a comprenderlas, a realizarlas, a producirlas, a organizarlas en un archivo personal que, finalmente, donaría a la sección de Colecciones especiales alojada en la Biblioteca Central del Instituto de Ciencias Sociales y Administración (ICSA) de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Ahí, es posible encontrar los temas que trabajó, los documentos que utilizó para realizar ese trabajo, cómo los organizó y con esto, tal vez, incluso podríamos pensar en cómo pensaba Carlos Montemayor, cómo fueron sus procesos de interpretación. Es tanto así como permitirnos recorrer sus ideas más profundas.

En Colecciones especiales es posible encontrar materiales de todos los temas que Montemayor trabajaba, sobre aquello que producía. Tal vez, para poder ser así de generoso, es necesario ser también así de brillante, sabiendo que esos documentos así nomás, sin las preguntas adecuadas, sin las interpretaciones correctas, significarían muy poco. También en eso, en la ética investigativa, Carlos Montemayor es un ejemplo para quienes seguimos su trabajo.



CUARTA PARTE: UN ACERCAMIENTO A LA POESÍA DE MONTEMAYOR

Carlos Montemayor, el poeta: Margarita Muñoz
Villalobos

Carlos Montemayor, la poesía y el testimonio:
Demian Ernesto

El poeta generoso: Flor García Rufino

CARLOS MONTEMAYOR, EL POETA

Margarita Muñoz Villalobos

Hablar de un personaje como Carlos Montemayor, cuyas dimensiones literarias, estéticas y culturales trascienden nuestro país, resulta no sólo muy difícil, sino seguramente, insuficiente. El mundo en el que se desarrolló aquel, que decidió desentrañar, comprender y amar, es como un caleidoscopio y esto implica adentrarse en una dimensión rica, vasta y variada, como es su obra: poeta, ensayista, traductor, novelista, cuentista y crítico, quien, a través de su gran acervo literario y su creatividad ilimitada, tuvo el poder de abordar cualquier tema con sensibilidad y erudición.

En los océanos de la sabiduría, Carlos navegó como un marinero experimentado y apasionado por las aguas y los viajes en altamar. Además de ser un agudo analista político, Montemayor fue un gran estudioso de los idiomas latín, griego, hebreo y de varias de las lenguas indígenas mexicanas, como tzotzil, tzeltal, lacandón y náhuatl y fue, a su vez, un gran conocedor de las literaturas clásicas y las filosofías antiguas. Políglota, su amor por nuestra cultura lo llevó a investigar los recursos literarios de las lenguas indígenas de México - especialmente el maya yucateco-, las lenguas mayas de Chiapas, el zapoteco del istmo y el purépecha, que dieron como fruto dos volúmenes con escritos.

Carlos Antonio Montemayor Aceves nació en Hidalgo del Parral, Chihuahua, el 13 de junio de 1947. Sus padres fueron María Agustina Aceves y Carlos Montemayor Díaz. El norte mexicano permea en toda su obra. Sus raíces, su

experiencia vital, sus años fundacionales y su formación moral y religiosa están fincadas en los ásperos paisajes de esta tierra. Sus montañas, bosques y desiertos, largas sequías y el trabajo en las minas quedan plasmados en su visión estética vital, que imprimió en su obra con un claro interés por el compromiso social y político. Como artífice de la lengua, le valió ser miembro de número de la Academia Mexicana correspondiente a la Academia Española de la Lengua. Toda su vida sostuvo con su palabra y sus actos que la narrativa y la poesía eran sus pasiones, sin embargo, creía que la poesía era la expresión más pura de la lengua humana, la forma más depurada de la literatura.

Carlos estudió la primaria y la secundaria en Parral y la preparatoria en Chihuahua. Después, se marchó a la ciudad de México, donde realizó estudios universitarios y de postgrado. Los dos años en Chihuahua y el primero en México sirvieron de distanciamiento con el paisaje natural de su tierra y, a su regreso, en unas vacaciones escolares, se reencontró con sus cerros, el ambiente minero y el paisaje semiárido. Este hecho lo empujó inesperadamente a la escritura.

Arte poética I es uno de sus primeros poemas. Todos los autores que han escrito sobre la poesía de Montemayor coinciden en señalar que éste es su tesis de lo que él pensaba y sentía que era la poesía; en este poema están sentadas las bases de su creación poética. Arte poética I fue escrito cuando Montemayor no se dedicaba todavía a la literatura como una actividad total;

era una época en la cual se definía a sí mismo como un investigador que recopilaba información sobre los temas que años después desarrollaría. Era un “testigo silencioso” en un momento convulso de la historia de nuestro país. La dedicación apasionada al oficio de escribir se refleja en un lenguaje trabajado exquisitamente con la plena conciencia de sus raíces en la tradición clásica.

Montemayor aseguraba que la poesía es una forma de conocerse a sí mismo, no como un ornato del lenguaje, sino como una vía, un camino para entender cabalmente una actitud vital, una vivencia interior, un deseo sin expresado o la memoria, incluso. Siempre se sintió fundamentalmente poeta; la poesía le supuso un vehículo para reflexionar sobre muchos aspectos de la literatura. La mayor parte de sus ensayos literarios, a lo largo de su vida, fueron sobre poetas y sobre la poesía: La poesía, es el motor inmóvil que mueve todas las cosas.

Toda literatura fue para Montemayor un acto de reflexión, no obstante, la poesía era una forma de introspección en la propia naturaleza excepcional de la misma, donde el idioma cala más profundo en la conciencia humana. Según él mismo mencionaba, (cito) la poesía es el referente más luminoso para entender cualquier época de la humanidad. Los chihuahuenses, añadía, todo lo que hallamos es un inmenso desierto, estamos ajenos a las culturas mesoamericanas, no tenemos esa carga existencial; por ello, el escritor no tuvo conflicto tras haberse dedicado a ser latinista, helenista, mayista y a estudiar este tipo de poesía.

Podemos prescindir de enumerar su profusa obra literaria publicada y, dado que es

ampliamente conocida por todos, solo mencionaré la obra poética: Las armas del viento, Abril y otros poemas, Finisterra, Abril y otras estaciones, Poesía (1977-1996), Antología personal, así como Los poemas de Tsin Pau, además, realizó una antología de poemas amorosos: Los amores pastoriles y el último, publicado póstumamente y dedicado a su esposa Susana de la Garza: Apuntes del exilio, del que dice Quirarte, tiene ecos de El Cantar de los Cantares.

La poesía de Carlos, impregnada de estos elementos, acoge la memoria, el tiempo y la palabra. Predomina en ella el sentido de la eternidad y el reconocimiento de nuestro origen en cualquier cosa que surja al alcance de nuestro cuerpo: el sol, la luz, un aroma o un río, en donde se manifiestan las emociones, también las que están más cerca de la sensualidad que de las cosas. Montemayor decía que el amor y el erotismo es lo que más nos acerca a la condición eterna, aunque el poeta siempre se reencuentra con lo universal cuando mira (en su interior) a la casa de su infancia. Los poemas de Montemayor tienen una musicalidad natural, melodiosa, rítmica, formados por enneasílabos, endecasílabos y alejandrinos; tienen la aspiración a recuperar los versos latinos.

Su poesía está llena del aliento de la dicha de los hermanos y la familia, de la pasión por la tierra, los árboles, los ríos, también por los amigos y, sobre todo, de sus hijos: Emilio, Victoria, Alejandra, Ximena y Diego, su nieto.

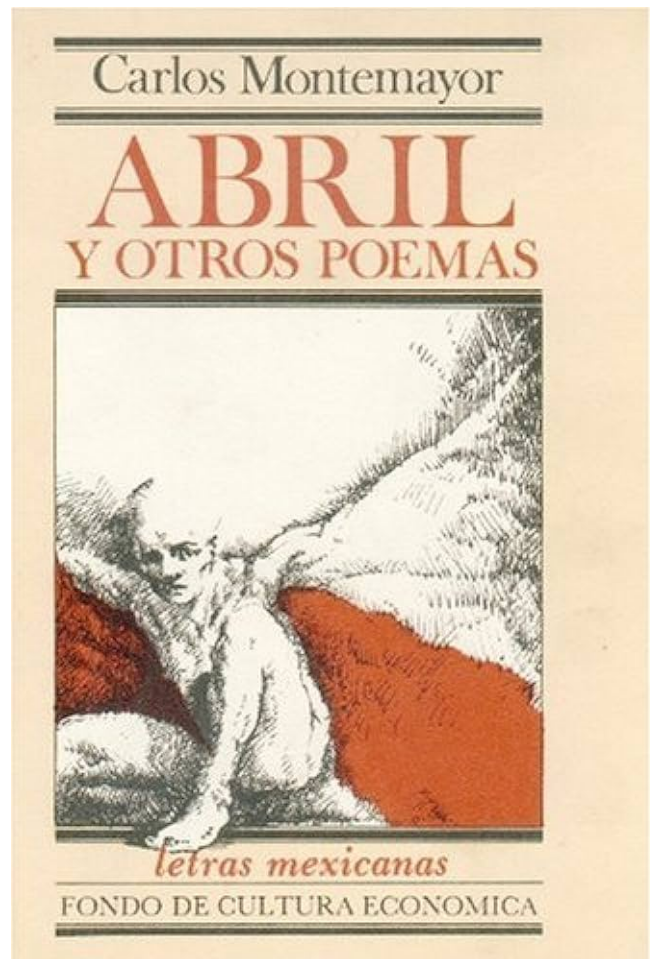
A través de su obra, Montemayor busca comprender las emociones humanas y se adentra de esta manera en la historia reciente de México; su testimonio es una batalla ganada por mantener vivos en la memoria colectiva los movimientos sociales más importantes de

nuestro país. Montemayor, al referirse a su obra, solía decir que toda ella tenía el mismo hilo conductor: lo clandestino, lo subterráneo, el subsuelo, de ahí que la minería siempre esté presente en sus poemas. La mina de Parral “La Prieta” fue, sin duda, un elemento fundamental en sus primeros años

Durante una estancia en China, Carlos conoció a los vates chinos de la Dinastía Tang y aquel país lo envolvió con la presencia de la neblina, efecto que vuelve a relacionar con su infancia en Parral, donde los inviernos suelen ser poderosos y la neblina es permanente. Después de 17 años de este encuentro, escribió “Los Poemas de Tsin Pau”, poemario que fue prologado por Tito Maníacco, quien dice: Montemayor construye rítmica y armoniosamente un mundo sencillo y

al mismo tiempo complejo, en el cual coexisten los grandes temas existenciales del vivir conectados estrecha e íntimamente al paisaje mexicano...

El poeta alternó la palabra escrita con el canto. Grabó tres discos compactos en los cuales desplegó su tesitura de tenor: Canciones de María Greever, El último romántico y el doble, titulado Canciones napolitanas e italianas. Igual compartía una copa de buen vino, como tocaba la guitarra -magistralmente- u ofrecía una charla amena, siempre repleta de erudición y profundidad. Todo lo fue Carlos: hijo, amigo, padre, abuelo, maestro, eterno aprendiz, modesto experto, patriota, universal, palabrate (amante de la palabra), cantante...



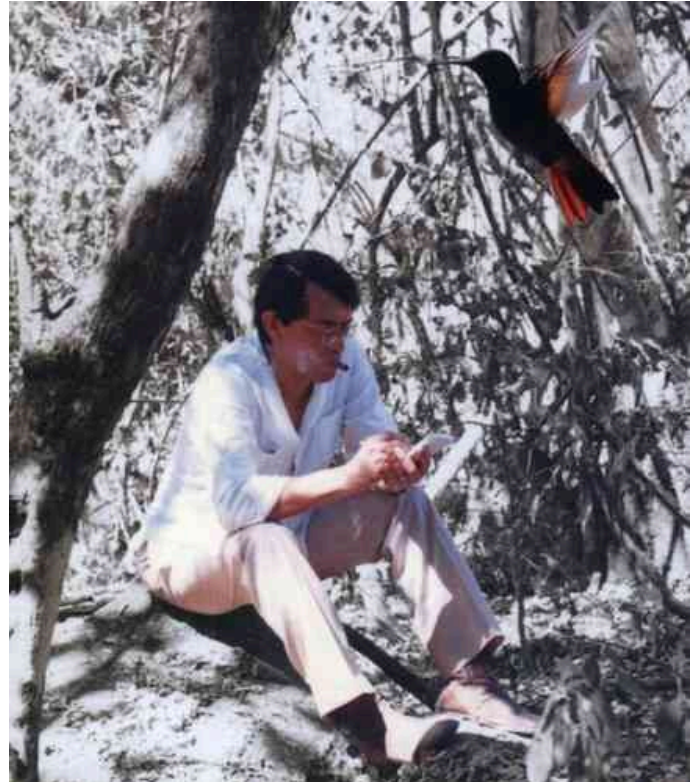
CARLOS MONTEMAYOR, LA POESÍA Y EL TESTIMONIO

Demian Ernesto

*Palabra también es este instante que se mira
y llamamos recuerdo, llamamos rencor...
Carlos Montemayor, Las armas del alba*

S upongo que recordar es partir de una serie de memorias, de una maraña en la que es muy fácil extraviarse o perder el rumbo. Me siento aturdido frente a la disonancia de palabras y silencios que, al mismo tiempo, se entrelazan en mi cabeza. Esto es hacer historia, me digo, repitiéndome la frase de Alberto Savinio (“Hombres, contad vuestra historia”); una tarea que consideraría imposible sin tener el resguardo de la literatura para encaminar una ruta segura, o al menos un poco esperanzadora. La literatura como eso “otro” que ofrece una alternativa no sólo en la narración sino en la vida, ese ir “siempre más allá” (de la belleza) que es alivio y condena al mismo tiempo (Sontag, 2019). Ese “otro” también como expresión de plena alteridad que nos reconcilia ante la –destructiva, indolente– racionalidad instrumental (Adorno, 2004).

A la par de los retos de la estética (¿o antes?) se encuentran, chocándome, las terribles situaciones allá afuera que no dejan de asediarnos, que repiten espirales de violencia y vileza, que reclaman mi probable complicidad. Sé entonces que no dependo solamente de lo que pueda hacer, sino de –sartreanamente– lo que haré con lo que hicieron conmigo. Vivo un país y una circunstancia. Entiendo así a la comprensión y estudio del arte más allá de lo estético para atenderlo mejor (Adorno, op.cit. 27), busco la historia que ha construido la



estética humana. Bajo esta mirada, considero que la poesía no puede considerarse un mero artilugio retórico, sino que es en sí una huella en la memoria humana y una forma de contrarrestar el olvido. Desde Homero al menos, sabemos que el arte –poético en su caso– tiene una intención que va más allá del canto: es acción que marca la historia, que la configura y muchas veces la resguarda para el porvenir (Arendt, 1997, pp.). Somos potencialmente seres poéticos y políticos.

Llego así a un poeta, que por supuesto no es cualquier poeta pues no vino azarosamente a mi pensamiento: me significa por su labor creativa y por las acciones que devienen de su palabra. Hablo de un escritor que se dedicó a conjuntar voces para contar mediante diversas historias la suya propia: Carlos Montemayor (Parral, 1947-2010); más que hablar por quienes no pueden “tener voz”, habló junto a quienes sufren la historia recordando el discurso Nobel de Albert Camus. Es un referente obligado para comprender el desplazamiento de lo literario a lo político, del discurso a la acción, del verso a la sangre.

Reconocido quizás más por su prosa y en especial por haber escrito quizás la novela mayor de la llamada “Guerra sucia”, titulada *Guerra en el Paraíso* (Montemayor, 1991), este notable chihuahuense pautó una serie de directrices que le encaminan, poéticamente, a elaborar una obra no sólo subjetiva, sino testimonial, dado que su labor en más de un sentido implica la resonancia de un dolor compartido e injustamente olvidado. Es aquí donde podemos considerar al escritor alguien que, siguiendo a Giorgio Agamben “...no puede no recordar” (Agamben, 2000, pp. 14). Montemayor no pudo no recordar por distintos motivos: primero, porque su historia vital parte de una desgarradura directamente relacionada, si bien no a la guerra de guerrillas en Guerrero (contada en *Guerra en el Paraíso*), sí al precedente inmediato de este conflicto armado, que es el intento de toma al Cuartel de Madera (Chihuahua) el 23 de septiembre de 1965 donde perdió a sus amigos que, eran combatientes y exigían lo mismo que años más tarde harían Lucio Cabañas y compañía; y además de contar con un dolor “de origen”, que a la postre le consolidaría –nostalgia mediante– como un poeta antes que como un escritor.

Esto último requiere un paréntesis. Octavio Paz

en *El arco y la lira*, señala la importancia de apartar, o discernir al menos, al poeta del poema y al poema de la poesía. Hay poemas que no consiguen materializar la poesía, así como hay poetas que no escriben, pues más bien se limitan a vivir. Este enredo categorial, en apariencia complicado, puede resumirse de la siguiente forma: ser poeta es existir antes que escribir. Y eso lo sabía Montemayor, pues antes de colocarle como un escritor de versos –que lo era–, podemos adjudicarle una consciencia absoluta de su ethos poético en tanto creador de realidades, de “mundos dentro de este mundo” si parafraseamos al vate surrealista Paul Éluard.

En tanto poeta “en acción”, Montemayor no tomó partido o ideología: en vez de ello se dedicó, como hiciera el autor de la *Odisea* y la *Iliada*, a cantar los efectos devastadores de la guerra. Su pluma actuó con el compromiso de la “verdad”, pero no como aquella construcción discursiva de la hegemonía que se acomoda a modo, sexenio a sexenio, para edificar lo que regularmente es una mentira (pensemos tan sólo en el caso Ayotzinapa); sino que, más bien, su “verdad” se instaló en las causas que consideró dignas de acompañarse y replicarse. Se instaló junto a aquellos cuyas vidas no son dignas de “ser llorados”, para usar la terminología de Judith Butler, aquella gente que se considera un mero “desperdicio” (Bauman, 2015), que para el caso mexicano es, sobre todo, la clase campesina e indígena. En un esfuerzo de empatía que debe mencionarse, Montemayor no sólo habló de los guerrilleros, que fueron quienes “perdieron” (y pierden, cabe decir) la vida en el conflicto, sino que elaboró una estampa de los soldados mexicanos que reprimieron en su momento al campesinado, e incluso a ciertas figuras políticas a quienes dibujó con particular atino, cruentos e inhumanos.

incluso a ciertas figuras políticas a quienes dibujó con particular atino, cruentos e inhumanos.

Tal posición ética hizo del poeta un escritor particularmente refinado al abordar otras problemáticas sociales, algunas que pudo observar vis a vis, como la dura y breve existencia del minero en Chihuahua retratada en sus novelas *Mal de piedra* (1980) y *Minas del retorno* (1982); y otras que son más bien el resultado de sus investigaciones personales como la ya mencionada *Guerra en el Paraíso* o sus novelas dedicadas al conflicto armado en Chihuahua, atrás mencionado, donde perdieron la vida sus amigos. Él habló porque no le quedó de otra, ciertamente, porque no hacerlo constituiría un crimen o una vejación para las víctimas que cercanas o no a él, le dolían.

Asimismo, es importante destacar que Montemayor no dejó de reparar en las reflexiones a propósito de su labor, como menciona su hija Victoria Montemayor Galicia en un escrito dedicado a su memoria: “El poema [en Carlos Montemayor] es una invitación constante a revelarnos a nosotros mismos, a cuestionarnos, a tratar de entender para qué sirve la palabra, la poesía, el poeta, el recuerdo, por qué luchar contra el olvido: “¿Para qué el poeta? ¿Para qué escucharlo?” (II, v.50) ¿Cuál debe ser la función del poeta? La palabra es también el recuerdo, el sentimiento y la memoria que van forjando “las armas del viento” (Montemayor Galicia, 2021). Los versos mencionados, cabe decir, pertenecen a un precoz primer libro de poemas en donde se notan de antemano ya las directrices que tomaría la palabra de este hombre que no pudo

desentender a su labor artística de su compromiso ético.

Montemayor más que un “poeta comprometido”, para referirnos al otrora popular concepto sartreano que ubicaba al autor en una ideología específica y le solicitaba de tal forma confrontar su circunstancia (Sartre, 2003), fue un poeta, me parece, sin adjetivos. Demostró sus dotes lingüísticos, al mismo tiempo traduciendo a los griegos o latinos que interpretando poemas modernos en portugués o italiano, en relación siempre con su sensible compromiso con la lucha social. Tenía a un testimonio o “martir” a su lado siempre al escribir una página. No podía imaginar a la escritura sin imaginar a los demás, sin escucharles ni darles un sitio o entierro digno, incluso. En tanto poeta, sí, elaboró de cada palabra vertida un eco que es más fuerte que él, porque no se representa a sí mismo: es alguien, a diferencia de los egoístas, que camina acompañado.

Genera particular relevancia considerar el cambio categórico que podemos darle a poetas como el aquí rememorado, en especial porque nos indica un cambio de intención en tanto que la literatura contemporánea, la última literatura en México específicamente, pareciera haber dado un giro sustancial para dejar de lado la vieja defensa del comunismo e instalarse ahora en una búsqueda por testimoniar una verdad ausente, por hacer sobrevivir la palabra después de la aniquilación.

Claro que hay poesía después de Auschwitz.



EL POETA GENEROSO

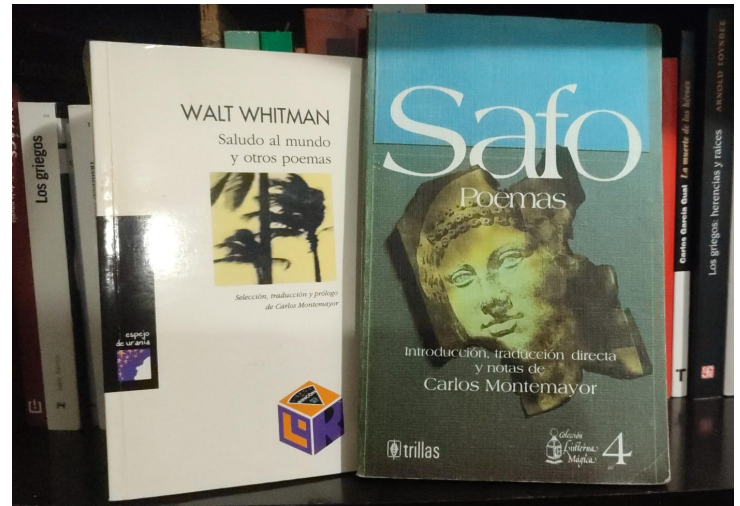
Flor García Rufino

Entre todas las facetas que Carlos Montemayor desplegaba, quizás la que más lo describa es la de poeta. Su legado en este arte además de muy bello, es de una calidad innegable, producto de su constante trabajo formativo y por supuesto de su amplia sensibilidad.

Como buen poeta, Carlos se alimentaba de la poesía del mundo, apreciaba verdaderamente la humanidad, la belleza, y la emotividad que las palabras podían expresar en todas las lenguas, y gracias a su capacidad como políglota, compartió con nosotros su propia traducción de algunos de los poetas más admirados, como fue el caso del norteamericano Walt Whitman, el portugués Fernando Pessoa y la ilustre poeta griega, Safo.

Pero, además, en conferencias y entrevistas solía dedicar comentarios muy valiosos dirigidos al trabajo de poetas de distinto origen, que es lo que quiero abordar en este texto, pues puede resultar muy estimulante para quienes aún no han leído a estos autores, y especialmente para los jóvenes que desean explorar la poesía.

Uno de estos comentarios lo expresó en un programa de radio al que fue invitado. Esa participación coincidió con la fecha en que falleció el poeta chiapaneco Jaime Sabines, por lo que como era natural, dio lugar a que se hicieran algunas remembranzas, preguntándole a Carlos su opinión sobre Sabines. Su respuesta no pudo ser más generosa.



“Jaime Sabines fue el poeta más vital que ha tenido el México del s. XX, y no creo que lo hayamos perdido, lo ganamos día a día desde hace muchos años y día a día enriqueció a México, enriqueció a muchas generaciones, enriqueció nuestra consciencia poética, nuestra consciencia corporal, nuestra sensualidad, nuestra sensorialidad. Fue uno de los poetas más honestos, más profundos, más directos de los que ha dado nuestro idioma. Yo creo que debemos celebrar la integridad poética y humana de Jaime, y también celebrar, pero echando al vuelo las campanas, el que este hombre no haya querido que se solemnizaran sus exequias llevando su féretro al Palacio de Bellas Artes. Esto es muy importante. Yo creo que fue fiel al vigor, a la naturalidad, a la humanidad de su poesía. Yo celebro la vida de Jaime, celebro su poesía y celebro que su despedida haya sido tan casual, tan humana, tan de la vida diaria, como lo que él cantó y descubrió a lo largo de sus imborrables versos”.

Estas palabras dedicadas al célebre Sabines, dejan una hermosa impresión, no solo del personaje al que van dirigidas, sino del propio Carlos que muestra su calidad humana y artística, su reconocimiento llano y sincero. Verdaderamente Montemayor sabía transmitir con sencillez la riqueza que encerraban los versos de los poetas, estableciendo además paralelismos entre ellos de una manera muy clara y concreta:

“Si Walt Whitman canta desde América del norte hacia el mundo entero, Pound desde la tribu que es la humanidad entera y Pessoa desde el universo que él mismo es y cuestiona y descubre y revela, Pablo Neruda, en cambio, canta todas nuestras luchas desde el continente”. (Saludo al Mundo y otros poemas Walt Whitman, 1997)

En otras latitudes, Carlos Montemayor tuvo un interés especial por los poetas brasileños, de los cuales decía eran una de sus influencias fundamentales: Manuel Bandeira, Fernando Ferreira de Loanda, Joao Cabral de Melo Neto y especialmente Ledo Ivo. A estos dos últimos dedicó una conferencia en donde puso de manifiesto el contraste de su poesía.

“En las dos cumbres de la generación del 45, Joao Cabral y Ledo Ivo, se concretan las dos formas de expresión posibles de todas las épocas, no solo brasileñas, sino universales. Por un lado lo que Borges llamaría platonismo y por otro lo que llamarían aristotelismo. Por un lado la expresión ceñida, por otro la expresión abierta, explosiva, panteísta.

Ambos poetas plantean sus criterios poéticos, uno ensimismado y centrado como la reflexión sesuda, conceptual, mental, de la palabra decantada, de la palabra ceñida, de los vocablos escasos para decir la mayor cantidad posible de significado. El otro, sin escatimar medida, sin

escatimar palabra, sin escatimar ritmos, se abre al mismo tiempo que desplegando todas sus palabras y sus enormes versos pessoanios, whitmanianos, huidobrianos, saintjohn persianos, al mismo tiempo que abre todas sus palabras, trate de abrir al poeta desde el interior hacia la comprensión y abarcamiento de toda la mayor cantidad posible, no de concepto, sino de vida, no de idea, sino de sentimiento y de exaltación, no de una palabra, sino de un canto interminable”.

Un detalle especial de esta mencionada conferencia, es la lectura en portugués que él mismo hizo de la poesía de los dos autores brasileños, la cual imprime un toque muy disfrutable que permite apreciar la sonoridad de los versos en su idioma original.

Particularmente Carlos Montemayor expresó una mayor admiración por la obra de Ledo Ivo, a quien además tuvo la oportunidad de conocer personalmente e invitarlo a México. Esa vastedad en los versos de Ledo Ivo, tenía para Carlos Montemayor una raíz común con otros autores del mundo.

“El romanticismo de Ledo Ivo y de lo que es justamente aquello que lo entronca, no solo con la tradición romántica brasileña, sino lo que es más importante, con la tradición latinoamericana que tiene como sus principales luces en lenguas extranjeras a Pessoa en portugués, a Whitman en inglés, a Saint John Perse en francés, que se entronca con Neruda, se entronca con Huidobro, se entronca con David Andrade, se entronca con Gilberto Owen, se entronca con toda esta enorme necesidad poética de los latinoamericanos, del gran poema largo, del gran poema extenso”.

En cuanto a los poetas de nuestro país a los que Carlos puso atención, no podemos dejar de mencionar a los autores en lenguas indígenas que reconoció y valoró, registrando su obra en la

La voz profunda, Antología de literatura mexicana en lenguas indígenas (2004), de donde tomamos sus comentarios sobre dos de los poetas antalogados, uno de la lengua zapoteca y otro del náhuatl.

“Víctor Terán pertenece, de manera relevante, a otra generación que está escribiendo actualmente una magnífica poesía y una estupenda prosa en zapoteco. En varias ocasiones he tenido oportunidad de conversar y trabajar con él en Juchitán y en las ciudades de Oaxaca y México. Muy reveladoras fueron para mí las sesiones que nos dedicamos a revisar las traducciones al español de los poemas que reunió en *Sica ti gudidxa cubi* (Como un sol nuevo). Quizás su rasgo distintivo sea el sentido del ritmo y de la musicalidad de la lengua, rasgo sobresaliente en un idioma que es de suyo uno de los más musicales del mundo. Respaldado por una gran tradición moderna de escritores zapotecos, inmerso en una nueva generación de escritores del Istmo, poseedor de una gran musicalidad y precisión de concepto en su lengua, Víctor Terán escribe para el mundo entero. Hasta ahora, el tema amoroso ha absorbido su trabajo poético. En ocasiones de manera apacible y dulce; en otras, con dolor y resentimiento”.

El otro autor indígena es Natalio Hernández, de quien Carlos señala que tal vez sea el poeta en lengua náhuatl más destacado de los últimos años.

“Es autor de cinco libros de poemas y coautor de varias antologías. Ha sido un importante promotor de la literatura en lenguas indígenas. La palabra de Natalio Hernández ha recorrido ya un largo camino. Durante un amplio trecho su palabra se convirtió en cantos para los

hombres y los pueblos de raíces milenarias. En otra parte del camino, su palabra se transformó en relatos que, como constelaciones que giran siempre a la noche, conservan en su luz la grandeza del pasado indígena. En algún recodo, en algún ascenso, su palabra se está convirtiendo en relatos de la vida de hoy, de la difícil vida de nuestros días”.

Para cerrar este artículo, quiero destacar la labor tan exhaustiva que Carlos realizó para la traducción de los poemas de Safo, pues por conservarse solamente fragmentos, era muy difícil acceder a su obra. La revaloración actual de la creación literaria de mujeres, ha dado un valor muy especial a este rescate que Carlos Montemayor ha puesto a nuestro alcance, y es de reconocerse su sensibilidad para interpretar la visión femenina de la poeta.

“Podríamos decir que el Himno de Afrodita, único poema de Safo que conocemos completo, ilustra las preocupaciones de ella: el amor, la tristeza, el abandono, los celos, el deseo, la ternura, la piadosa emoción por la diosa; también, que toda la obra de Safo despliega la misma sonoridad y sencillez de lenguaje, las dos irrupciones que conllevó el surgimiento de Safo en la cultura griega: primero, el amor personal como principal tema poético; segundo, su condición de mujer, razones que podrían bastar, si no hubiésemos conocido su obra, para entender la división histórica que antes y después de ella puede hacerse en la poesía griega. No siempre se aceptó con naturalidad su condición de mujer. Acaso por ello le conformaron la falsa imagen de prostitución y lascivia que durante siglos escondió sus palabras a veces bajo el fuego mismo

Safo fue la primera mujer que comprendió el arte poético y musical de su tiempo y, también, la primera en comprender su mundo. No empleó su arte para hablar como y de lo que los hombres hablaban; lo renovó, lo dulcificó, para decir lo que ellas creían. Y su forma fragmentaria no puede ser más humana. De la misma manera que en nuestra vida el recuerdo salva una tarde de la infancia, una caricia imborrable, el instante súbito de un paisaje, de un rostro, de una casa en que una vez vivimos, y sólo por la memoria vuelven a nosotros: rotos y vivos, quebrados e íntimos, así, libros, gramáticos, historiadores, lectores, han

guardado, de la luminosa voz de Safo, estos versos, estas líneas vivas y rotas, como lo son los recuerdos de nuestras vidas. (Safo. Poemas. Introducción, traducción directa y notas de Carlos Montemayor, 1986)

Maravillosas y generosas palabras de nuestro poeta chihuahuense, que no solo nos dejó sus versos para experimentar la grandiosidad de la poesía, sino que nos legó también la guía para encontrar y disfrutar a los poetas de todos los rincones y de todos los tiempos.



EL ZOMBI DEL ALBA

Dr. José Antonio García Pérez

Aún era de noche, antes del alba, podía escuchar la corriente del río a lo lejos, la abundancia de insectos nocturnos, las hojas de los árboles que se agitaban. No sabía cómo había llegado ahí, simplemente... apareció, sólo recordaba algo como murmullos, algo como de una antigua profecía sobre... unos huesos: “¡Huesos secos, escuchen la palabra!. Yo haré entrar en ustedes espíritu y vivirán, les pondré tendones, haré que les salga carne, los cubriré de piel y les daré aliento de vida. “Y escuchó como su cuerpo se estremecía en el pavimento y los huesos comenzaron a unirse entre sí, y luego en ellos aparecían tendones, les salía carne y se recubrían de piel. Como una aria muy lejana, escucha en su recién reconstruido cerebro: “¿Por qué parece más inmenso el cielo, si no hay luna?”

Sus ojos, ya con órbitas, ven que la oscuridad cubre árboles, senderos, colinas. Le parecía que el mundo estaba ocupado ahí, en la oscuridad, que el mundo ahí preparaba algo más. “¿Por qué ahora parece más inmenso el silencio? Siento que el silencio algo espera. No sé qué pensar. No sé si la noche es una forma de lo que yo seré. O si es un aviso de lo que debo ser.”

Hacia la mina, una parte del cielo está despejada, sin nubes, con numerosas estrellas.

“¿Por qué parece más inmenso el cielo, si no hay luna? Estoy a solas y no quiero pensar. Ahora no sé si la noche es una forma de lo que

yo seré. O si es un aviso de lo que empiezo a ser.”

Ahora deambula, de manera torpe, como un niño aprendiendo a caminar y ya va por los callejones de Parral, justamente al alba, se desplaza, baja y balbucea en arias, por el rumbo de las minas del retorno. Con la luz matinal, se le puede apreciar: es un zombi que trae en su desgarrado cinturón un manojito de llaves, las llaves de Urgell. Esto ocurre cada mes de abril, en un espacio, que no es precisamente un paraíso.

Notas introductorias del texto

En la preparación del segundo volumen de *Zombis Letrantes*, se ha hecho una selección que está dividida en los siguientes apartados: *Zombis letrantes de la literatura universal*, de la *literatura hispanoamericana*, de la *literatura mexicana* y de la *literatura regional*.

Todo parte de la premisa de considerar que si un escrito o escritora ya falleció, al leer su obra “revive”, es decir, ya es un zombi letrante y como tal, tiene las características propias del imaginario popular, con la particularidad de que refleja mucho de su personalidad y su obra en cada ficción. Es obvio que no se trata de ningún ultraje a la memoria del escritor, sino, al contrario, de un homenaje.

Además, procuro no mencionar o evidenciar el nombre del autor o autora, utilizando sólo

algunas pistas, guiños o palabras claves que lo puedan “delatar”

En el caso que nos ocupa, Carlos Montemayor, fue un gran escritor, ensayista, historiador, historiador, novelista, poeta y cantante de arias. Tuve el gusto de conocerlo personalmente. Va para recordar su memoria el siguiente texto que debo aclarar que es una primicia, ya que aún me

faltan muchos otros textos para la publicación del segundo volumen.

Algunos enunciados e ideas están tomados de fragmentos de la poesía de Montemayor, así como del libro de Ezequiel, con base en la gransliteralidad.





REVISTA DE CULTURA - CUU

Es una producción de



vocesdemiregion.com



Voces de mi Región



[vocesdemiregion](https://www.instagram.com/vocesdemiregion)



6141553031



vocesdemiregion@live.com.mx

JORNADAS DE LECTURA

CARLOS MONTEMAYOR

JUNIO 2024

JORNADAS DE LECTURA
CARLOS MONTEMAYOR
JUNIO 2025

